VOLUMEN COMPILADO POR

Franz Georg Maier

Nace en el año 1926 en Stuttgart. En 1951 recibe el título de doctor por la Universidad de Tübingen. Tras un período de estudio en Italia y en Grecia (como miembro, entre otras cosas, de la expedición Kouklia a Chipre), se dedica a la docencia como profesor ordinario de historia antigua en la Universidad de Frankfurt. A partir de 1966, es profesor ordinario de historia en la Universidad de Costanza y dirige la misión arqueológica alemana a Chipre. F. G. Maier ha centrado su atención preferentemente sobre la historia de la Antigüedad y del Próximo Oriente. Recordemos entre sus escritos: *Augustin und das antike Rom* (1955), *Griechische Mauerbauinschriften,* 2 vols. (1959-1961), *Cypern. Insel am Kreuzweg der Geschichte* (1964), *Archäologie und Geschichte. Ausgrabungen in Alt-Paphos* (1973). *Las transformaciones del mundo mediterráneo. Siglos III-VIII.* (Historia Universal Siglo XXI, vol. 9.)

Historia Universal
Siglo veintiuno

Volumen 13

BIZANCIO

Compilado por
Franz Georg Maier

España
Argentina

historia
universal
siglo
XXI

2. La crisis de la Iconoclastia POR JUDITH HERRIN

Entre 717 y 842 el Imperio bizantino se vio agitado por una violenta polémica acerca del uso de imágenes en el culto religioso. Como ocurrió en la mayor parte de las cuestiones relacionadas con la Iglesia, toda la población se apasionó por el debate. El problema no quedó zanjado hasta 843 en que las imágenes fueron definitivamente reconocidas como parte integrante del culto ortodoxo.

Todas las herejías importantes de los siglos anteriores, como el arrianismo y el monofisismo, habían afectado a los bizantinos de modo parecido, por lo que la crisis religiosa de este momento no era nada nuevo. Pero durante el período iconoclasta, el Imperio bizantino se vio constantemente amenazado de invasiones del exterior. Los emperadores, ya fueran partidarios o enemigos de las imágenes, tuvieron que hacer frente a varios intentos de los árabes y de los búlgaros para conquistar el Imperio. Por tanto, el triunfo más importante de este período fue haber contenido estas presiones, aun a costa de perder los territorios bizantinos de Italia central y de provocar un largo cisma entre las iglesias oriental y occidental.

Todos los emperadores, fueran cuales fueran sus opiniones eclesiásticas, tuvieron también que hacer frente a los habituales problemas del Imperio. Tuvieron que esforzarse en mantener la unidad interna de un estado multirracial, impedir los movimientos en pro de la autarquía local, dar unidad a la Iglesia oriental desgarrada por la herejía y por los regionalismos: en resumidas cuentas, en detener las tendencias centrífugas que existían en Bizancio. Estas fuerzas hubieran podido desmembrar el Imperio de no haber sido por la enérgica actividad de los primeros emperadores iconoclastas, que tuvieron más éxito que sus oponentes iconódulos. Los iconoclastas pusieron bajo el control más estricto del Imperio todos los aspectos de la sociedad bizantina. Por medio de una serie de reformas, centralizaron y unificaron la recaudación de impuestos, el cumplimiento de las leyes, la organización militar y la administración de las provincias y de la Iglesia.

Las fuentes que se conservan de la época acogieron con hostilidad estas reformas. Tras la restauración del culto a las imágenes, en 843, fueron destruidos todos los escritos iconoclastas, y, por tanto, todos los testimonios que tenemos acerca

del período iconoclasta son favorables al culto de aquéllas. Estas crónicas muestran una aversión a la iconoclastia, totalmente partidista, que se hace extensiva a las medidas más positivas de los emperadores iconoclastas, lo que ha influido en los historiadores contemporáneos de este período. Uno de los objetivos de este capítulo es estudiar y rectificar este desequilibrio.

Es evidente que una de las consecuencias más notables de la época iconoclasta fue la consolidación del control estatal sobre el Imperio. Pero quedan por resolver muchos problemas, como por ejemplo, en qué medida fue la crisis una reacción interna a una presión exterior o una consecuencia de la necesidad de reformas. Es difícil situar la disputa religiosa en la historia política, social y económica del Imperio bizantino sin una investigación y un análisis más profundo que los que aquí podemos realizar.

I. *El primer período iconoclasta: 717-775*

a) La situación en 717

La consecuencia inmediata de la usurpación de León III, en marzo de 717, fue el fracaso del más serio de los intentos árabes por apoderarse del Imperio bizantino. Tan pronto como fue coronado, el nuevo Emperador emprendió la urgente tarea de dotar a Constantinopla de defensas para hacer frente a esta amenaza. El califa Solimán (Sulayman) planeó un doble bloqueo, por tierra y por mar. Hacia agosto de 717 el bloqueo se hizo efectivo, pero pasados solamente doce meses, los árabes se vieron forzados a retirarse. El asedio había fracasado y León adquirió una considerable reputación por el éxito en la resistencia, aunque se vio ayudado por tres factores: la fortaleza de las murallas de la capital, el empleo del fuego griego, producto químico desconocido para los árabes, y un invierno extraordinariamente severo que perjudicó a los sitiadores. El fracaso del asedio se convirtió en desastre total al ser hostigados y hundidos los navíos árabes en su travesía de vuelta hacia Alejandría.

León III no era de ningún modo un personaje desconocido. Procedía de Germanicia, en el norte de Siria, aunque su familia se había trasladado posteriormente a Tracia, probablemente a causa de la presión árabe. El origen isáurico que a menudo se le ha atribuido carece, pues, de fundamento, por lo que su dinastía debe de llamarse siria y no isáurica. Había servido a Justiniano II y Anastasio II, que le había nombrado goberna-

dor *(strategos)* del *thema* de Anatolia. Los soldados anatolios y armenios apoyaron su rebelión contra Teodosio III y le proclamaron Emperador. Ante su avance hacia la capital, Teodosio abdicó y León III, tras un golpe incruento, fue proclamado emperador. Gracias a su firmeza frente a dos rebeliones internas y a su reorganización de la administración imperial, León III consiguió asegurar la estabilidad dinástica durante ochenta y cinco años.

Con frecuencia se ha quitado importancia a los logros de la dinastía siria porque sus miembros fueron partidarios de la iconoclastia o destrucción de las imágenes. En este aspecto actuaron guiados por sus convicciones religiosas. Los discursos de León III y los tratados de su hijo Constantino V demuestran que creían firmemente que las imágenes eran simples representaciones. León III introdujo la teoría de que las representaciones pictóricas de la Sagrada Familia, de los Apóstoles y de los santos conducían solamente a la idolatría, y por ello persiguió a los que seguían fieles a la doctrina del culto a las imágenes, los iconófilos o iconódulos. Esta persecución produjo profundas divisiones no sólo en el Imperio sino en el mismo seno de la Iglesia. Toda la jerarquía de metropolitanos, obispos y sacerdotes parroquiales, todas las instituciones monásticas y las congregaciones de todo el Imperio participaron en el debate, no sólo a causa de los problemas cristológicos, sino también a causa de la profunda creencia popular en el poder de las imágenes. La participación popular en la controversia continuó incluso después del restablecimiento de la ortodoxia en 843.

Las imágenes habían existido en el Imperio bizantino desde el establecimiento del cristianismo como religión estatal en tiempos de Constantino el Grande y su importancia había aumentado desde el reinado de Justiniano. Al mismo tiempo, el retrato del Emperador continuaba siendo reverenciado como en la época romana. Pero poco a poco se fue desarrollando una forma particular de culto relacionada con las imágenes de Cristo y de la Virgen, y se instalaron imágenes en las capillas, las iglesias, en los lugares públicos y en los hogares. Se llevaban a las batallas y se sacaban en procesión en torno a los muros de las ciudades asediadas. A las imágenes se les atribuían poderes milagrosos y poco a poco fueron sustituyendo a las reliquias como principales objetos de devoción en las iglesias. A pesar de que en un principio estuvieron prohibidas en el arte cristiano por considerarlas idólatras, las representaciones pictóricas incluso de Cristo fueron autorizadas en el Quinisexto Concilio de 692. Hacia finales del siglo VII se aceptaban generalmente las imágenes como parte integrante del culto cristiano en todos

los lugares del Imperio bizantino, pero las dudas seguían en pie. En 732, dos obispos, Constantino de Nacolia y Tomás de Claudiópolis, sostuvieron una polémica con el patriarca Germán acerca del reiterado culto a las imágenes, y éste último rechazó firmemente cualquier cambio. El odio al culto de las imágenes se basaba sin duda en la prohibición del Antiguo Testamento y en la acusación de idolatría que pesaba sobre las discusiones entre cristianos, musulmanes y judíos. A través de estas discusiones, los teólogos no cristianos ejercían su influencia sobre los bizantinos. La prohibición del arte religioso en las mezquitas parece que se impuso hacia el 700, mientras que la tradición judía fue siempre enemiga de las representaciones pictóricas. Pero en 721, el califa Yazid II hizo extensiva la práctica musulmana a los cristianos que vivían bajo su autoridad, al ordenar la destrucción de todas las imágenes cristianas. Por ser natural de Siria, León III debió conocer estas ideas e incluso pudo estar de acuerdo con ellas.

b) La introducción de la iconoclastia

En 726, el Emperador ordenó que fuera retirada la famosa pintura de Cristo situada en la Puerta de Bronce del Gran Palacio: la enardecida multitud consiguió matar a uno de los soldados antes de que se la llevaran. Se produjeron revueltas, y varios iconódulos conocidos fueron castigados. En las provincias de Italia y Grecia la reacción fue similar. El papa Gregorio II protestó por la ingerencia del Emperador en cuestiones de fe y negó al tesoro imperial el dinero italiano, mientras que los *helladikoi* de Grecia central se embarcaron hacia Constantinopla con el propósito de liberar al Imperio de la impiedad de León III. Su flota fue destruida en el curso de una batalla en el Helesponto y su candidato imperial, Cosmas, ejecutado en 727. Entre los súbditos de la parte oriental del Imperio, que más tarde se convertirían en los más fervientes partidarios de la iconoclastia, los que estaban familiarizados con la oposición judía y musulmana a las imágenes fueron probablemente los que apoyaron la decisión del Emperador.

Cuando León III intentó conseguir la aprobación eclesiástica para destruir las imágenes, se encontró con la tenaz resistencia del patriarca Germán. El método empleado para solucionar este problema fue muy directo y se convirtió en práctica regular durante el período iconoclasta. En 730, el Emperador ordenó al Patriarca que aprobara el edicto que prohibía la adoración de los iconos. Al declararse Germán contrario a él, León III con-

vocó el consejo supremo de los funcionarios bizantinos, tanto laicos como eclesiásticos *(Silention)*, que condenó a Germán y apoyó el edicto del Emperador. El Patriarca dimitió inmediatamente, siendo reemplazado por su antiguo ayudante, Anastasio. Esta medida fue condenada por todos los patriarcas orientales, así como por Gregorio II, que excomulgó a Anastasio, abriendo de esta manera el cisma entre las iglesias oriental y occidental, que, de manera intermitente, iba a durar hasta el restablecimiento del culto a las imágenes, en 843. Probablemente, sólo la fuerza de la iconodulia fue capaz de disuadir a León de dar el paso decisivo: la aprobación de la nueva doctrina en un Concilio Ecuménico. Esta medida fue llevada a cabo por Constantino V en 754. Todos los intentos posteriores de cambiar el dogma se basaron en este procedimiento: elección de un patriarca propicio al cambio, y la convocatoria de un Concilio eclesiástico para proclamarlo. El hecho de que el Emperador controlara la elección de los patriarcas y presidiera los Concilios facilitó evidentemente el cambio.

La imposición de la iconoclastia estaba abocada a provocar el enfrentamiento con las autoridades eclesiásticas y León III se dispuso a solucionar la cuestión por la fuerza. Cuando Gregorio II celebró un concilio donde se condenó a los iconoclastas, el Emperador hizo prisioneros a sus legados en Constantinopla y envió una armada a Italia. También sustrajo de la jurisdicción eclesiástica de Roma las provincias bizantinas de Italia, Sicilia y la prefectura de Iliria (todas las posesiones europeas del Imperio), poniéndolas bajo la jurisdicción del patriarca de Constantinopla. Al mismo tiempo, todas las rentas del patrimonio papal fueron añadidas al tesoro imperial. Esta medida, de extraordinaria importancia, iba dirigida al enriquecimiento del patriarcado a expensas de Roma, pero León III deseaba también colocar bajo su control a toda la Iglesia oriental. La afirmación de la autoridad imperial en todos los campos de la sociedad bizantina fue un rasgo característico de la política de este monarca iconoclasta.

De este modo se impuso la nueva doctrina, no sin producir una gran división dentro del Imperio y un cisma entre la Iglesia de Constantinopla y el Papado, que hizo disminuir la influencia bizantina en Italia. Es indudable que el Emperador actuó guiado, tanto por sus convicciones religiosas como por motivaciones políticas y que sus ideas eran compartidas por muchos. El edicto que prohibía la adoración de las imágenes encontró apoyo porque se hacía eco de un fuerte sentimiento popular de desconfianza hacia las imágenes religiosas y, en particular, hacia los que estaban asociados a ellas: los monjes. El aumento de la riqueza

y de la influencia monástica en la Iglesia oriental había provocado grandes envidias. Aunque a lo largo del siglo VIII la iconoclastia llegó a estar asociada con la política social y económica de los emperadores sirios, en un principio, el apoyo al movimiento iconoclasta provino de una reacción religiosa, siendo sus aspectos religiosos los que dominaron el primer período iconoclasta. Con este apoyo, León III y Constantino V fueron capaces de subordinar la Iglesia al poder imperial y de concentrar todos los recursos del Imperio en la lucha contra los árabes.

c) Exitos de León III y Constantino V

La defensa de Bizancio

El Imperio debió su supervivencia a la acción de los dos primeros emperadores de la dinastía siria. De no haber sido por sus ofensivas contra los árabes entre 717 y 775, la Nueva Roma hubiera sucumbido ante los bárbaros de la misma manera que su hermana occidental. Tras el asedio de 717-718, León III reorganizó la marina bizantina creando dos contingentes navales: el de Cibirra, con base en un nuevo *thema* en la costa sur de Asia Menor, y un contingente independiente, con base en el Egeo. La guerra por tierra continuó. A pesar de que las tropas árabes fueron diezmadas durante el asedio, el califa Hisam (724-743), continuó dirigiendo incursiones anuales en territorios bizantinos. León III estuvo al frente de las tropas que intentaron contrarrestar estas incursiones, aunque no hubo ninguna batalla decisiva hasta 740, en que los bizantinos derrotaron a un gran ejército árabe en Acroino. Tras esta victoria, Constantino V emprendió una serie de campañas ofensivas contra el califato, debilitado por la caída de los Omeyas y la fundación de una nueva capital en Bagdad por los abásidas. Pero las tres victorias bizantinas, en Germanicia (746), en Melitene (751) y Teodosiópolis (757), no se debieron solamente al declive militar árabe. Constantino era un estratego y jefe militar de mayor valía aún que su padre, admirado y amado por sus tropas. La campaña de 757 puso fin a los ataques a gran escala de los árabes y aseguró la frontera del sudeste. La actividad militar quedó reducida a pequeñas incursiones e intercambios de prisioneros. El gran avance del Islam había sido frenado.

Antes de 741, León III dividió la extensa provincia (*thema*) de Anatolia, creando un aparato administrativo autónomo en la mitad occidental, que se llamó, a causa de las tropas en ella acantonadas, *Thema* de los Tracesios. El propósito de esta

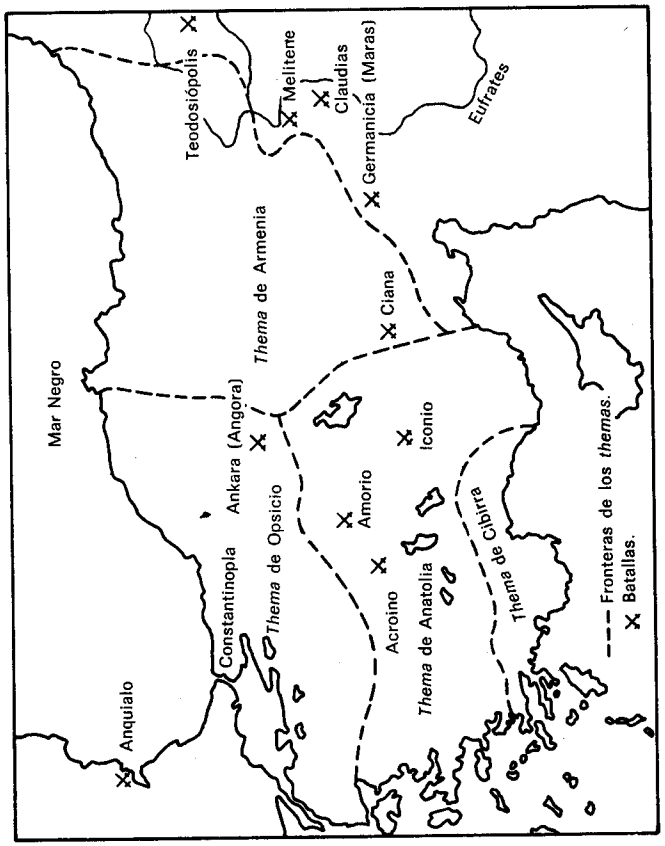

Fig. 3. *Las campañas del período 717-775 y la primitiva organización de los* themas *de Asia Menor.*

división, que más tarde se aplicó a una extensa zona de Opsicio, era impedir la consolidación del poder en manos del gobernador militar (*strategos*). Por la experiencia de su propia usurpación, León III era consciente de la fuerza potencial de esta posición, que también fue empleada por el cuñado de Constantino, Artabasdos, en su intento de apoderarse del Imperio. De esta manera se fue incrementando el número de provincias y gobernadores provinciales, hasta que en 775 eran siete los *themas* en Asia Menor (dos de ellos navales) y tres en la parte occidental. La ampliación gradual de la administración militar a todas las zonas del Imperio revela un aspecto de la política centralizadora de los emperadores sirios, que es al mismo tiempo una continuación de la obra de la dinastía de Heraclio.

Reorganización de las finanzas

Carecemos de información detallada de la vida económica en tiempos de la dinastía siria, pero la prosperidad general y el bajo precio del trigo sugieren que los recursos económicos del Imperio debieron de ser convenientemente organizados para hacer frente a las crecientes exigencias de los gastos militares. León III no sólo consiguió unos ingresos suplementarios con las rentas del patrimonio papal en Italia, sino que también aumentó en un tercio la capitación en Sicilia y Calabria. Constantino V recibió el calificativo de «nuevo Midas», aunque fijó precios justos para el trigo. Constantino continuó la política iconoclasta de León, de apropiarse los ingresos eclesiásticos en mayor grado todavía. No obstante, estos dos emperadores impulsaron la construcción de iglesias. León III reconstruyó la iglesia de Santa Irene de Constantinopla, que había sufrido serios daños en un terremoto, y decoró el ábside con una gran cruz de mosaico. Y Constantino III, a pesar de su destrucción de numerosas imágenes, favoreció al arte iconoclasta.

En este período fueron desapareciendo gradualmente las monedas de oro fraccionarias, y en 780 sólo se acuñaban el *nomisma* de oro *(solidus),* el *miliaression* de plata y el *phollis* de cobre. El *miliaression,* que valía 1/12 de *nomisma* y que estaba basado en el *dirhem* árabe, fue creado por León III. Esta simplificación de las acuñaciones imperiales y su limitada circulación en el Imperio refleja sin duda una disminución de la actividad comercial en el siglo VIII, ya que el estado de guerra casi continuo cortó las rutas comerciales y dejó aisladas las ciudades mercantiles.

Reformas judiciales

Este intento de estabilizar la administración financiera tuvo su paralelo en el campo legal. León III ordenó que los jueces recibiesen un sueldo y no regalos, medida básica de seguridad contra los sobornos. Después, el código legal fue revisado por una comisión de peritos, que redactaron una edición simplificada del *Corpus Iuris Civilis* de Justiniano, añadiéndole algunas máximas de derecho consuetudinario y las decisiones más importantes de los concilios eclesiásticos acerca del matrimonio, la propiedad y la herencia. Este nuevo código, redactado en griego para facilitar su aplicación en un mundo ya greco-parlante, fue conocido como *Ekloga* o Selecciones. Era un código de fácil aplicación para los jueces provinciales y continuó siendo empleado hasta muy entrado el siglo IX. Al derecho civil y penal compendiado en la *Ekloga* se fueron añadiendo extractos similares, de fechas diferentes, sobre cuestiones navales, militares y agrarias. Estos pequeños códigos estaban concebidos para facilitar la resolución de problemas prácticos, como la suma pagadera a título de compensación por la pérdida de un perro guardián y la prima del seguro de transporte marítimo. En conjunto, sirvieron de guía eficaz para unificar las prácticas judiciales en todo el Imperio.

d) Relaciones de Bizancio con los búlgaros y los eslavos

Entre la muerte de Constantino II (668) y los comienzos del siglo IX fue disminuyendo el control bizantino sobre los Balcanes, debido al influjo de los pueblos eslavos. Hacia 750, la provincia de Tracia, *hinterland* de la capital, se vio amenazada por los búlgaros, asentados en Tracia occidental y Macedonia. Constantino V reforzó las defensas fronterizas en 755-56 con prisioneros de guerra armenios y sirios, capturados en la campaña de 749. El propósito de estos traslados de población fue proporcionar brazos para la defensa de la provincia y para el cultivo de las ricas tierras cerealísticas. Tras la pérdida de Egipto y del norte de Africa, Tracia se había convertido en uno de los más importantes graneros del Imperio. Estas medidas provocaron el ataque búlgaro contra los territorios bizantinos, y, como represalia, Constantino llevó a cabo nueve grandes expediciones contra los búlgaros, que finalmente consiguieron frenar su expansión. Se enfrentó también con los esclavinios, procedentes de los territorios controlados por los eslavos en los alrededores de Salónica. En 762, 208.000 refugiados eslavos

recibieron tierras en Bitinia, donde muchos eslavos habían ya encontrado refugio en el siglo anterior. Los otros traslados de poblaciones hechos por Constantino obedecieron a la necesidad de reemplazar a los muchos muertos ocasionados por la epidemia de 746-47 en Constantinopla. Los emperadores sirios tuvieron siempre gran interés en mantener la actividad económica del mercado más importante del mundo occidental. León III implantó un impuesto especial para costear la reconstrucción de las murallas y de los edificios públicos destruidos por los terremotos y las inundaciones de 740-41. Los habitantes de la capital disfrutaban de una situación privilegiada en el Imperio, que los emperadores del siglo VIII se cuidaron de preservar.

e) Constantino V y el Papado

Teniendo en cuenta las creencias personales del Emperador, era inevitable que las relaciones con el Papado se hicieran más difíciles durante su reinado. El sentimiento antibizantino de las provincias italianas debió de facilitar la toma de Rávena, capital de la Italia bizantina, por el rey lombardo Astolfo en 751. A consecuencia de esto, el Papado, que quedó completamente indefenso frente a los lombardos, se volvió hacia la única potencia cristiana capaz de defenderle: los francos. En 754, el papa Esteban II inició las negociaciones con el rey Pipino. La intromisión en Italia de la autoridad franca fue esencialmente una maniobra antibizantina, y los acontecimientos subsiguientes —la creación de los Estados Pontificios en la Italia central, justificada por medio de la falsa «Donación de Constantino»— significó el declive de la autoridad bizantina en Occidente. Las tentativas de Constantino V de llevar a cabo una alianza diplomática con los francos, fracasaron completamente.

f) La persecución durante el reinado de Constantino V

Constantino era consciente de que el único procedimiento para proclamar la iconoclastia como credo oficial de la Iglesia Oriental era la celebración de un concilio ecuménico. Pero el papa y los otros patriarcas nunca se mostrarían de acuerdo con esta doctrina y, por tanto, boicotearían un concilio convocado por el Emperador. No obstante, tras muchos preparativos a base de debates públicos y del nombramiento de iconoclastas para ocupar las sedes episcopales vacantes y las de reciente creación, Constantino convocó en el palacio de Hieria, un concilio que

solamente de nombre era ecuménico. Al haber muerto recientemente el patriarca Anastasio, Teodosio de Efeso y el mismo Constantino presidieron muchas de las sesiones, hasta que fue elegido patriarca el obispo de Silea. Durante siete meses, los 388 obispos reunidos discutieron acerca del culto a las imágenes, que condenaron basándose en cuatro puntos: las advertencias de las Escrituras sobre los peligros de la idolatría, la prohibición tajante de las imágenes esculpidas, el hecho de que las imágenes estimulaban más el respeto por las formas externas que la emulación de la vida santa y el problema cristológico de la representación. Este era, con diferencia, el argumento más importante, ya que se aceptaba universalmente que la naturaleza divina de Cristo no podía ser representada. El sumario de sus decisiones, el *Horos,* fue publicado en agosto de 754. En él se ordenaba la destrucción de todas las imágenes y se anatematizaba a los más importantes iconódulos, incluidos el antiguo patriarca Germán y Juan Damasceno, autor de varios tratados en que se justificaban las imágenes. De la misma manera que el *Horos* sirvió de base a toda la futura teoría iconoclasta, la argumentación iconódula se basaría en las teorías de Damasceno sobre el icono como símbolo y mediador.

Con el apoyo del *Horos,* Constantino procedió a la destrucción del arte religioso, que fue sustituido por representaciones simbólicas y laicas de animales, árboles y pájaros. Se emplearon con frecuencia las representaciones de la Cruz y del Emperador. Estos cambios, como es lógico, provocaron una airada reacción de los iconódulos más acérrimos, a los que Constantino intentó en vano convertir a sus creencias. Pero la oposición, centrada en los monasterios, era obstinada, y hacia 760 la persecución llegó a ser violenta. El primer mártir fue Esteban, monje del monasterio de Monte Auxencio, despedazado por la enfurecida multitud de la capital en noviembre de 765. No solamente monjes, sino también altos funcionarios de la corte y administradores provinciales, fueron ejecutados por sus creencias. En esta época fue torturado y desterrado al Ponto el padre del patriarca Nicéforo (806-815), secretario imperial. La cruzada del Emperador contra las creencias iconódulas fue imitada por Miguel Lacanodraco, gobernador del *thema* de los Tracesios, que provocó una ola de terror, confiscando todas las propiedades eclesiásticas, obligando a los monjes a contraer matrimonio bajo pena de perder la vista, y quemando finalmente cuanto podía arder. Pero la persecución fue sin duda más dura en la capital, donde el mismo patriarca Constantino fue depuesto al juzgar el Emperador demasiado frío su entusiasmo hacia la iconoclastia. Aun así, no se pudo sofocar la fuerte resistencia iconódula.

Estos hechos obligaron al papa Esteban III a convocar un sínodo que condenó la iconoclastia, pero la actitud papal hacia Bizancio estuvo influida tanto por motivos religiosos como políticos. Los francos habían terminado con el dominio lombardo en Italia y proporcionado al Papa tierras y recursos materiales. Por lo tanto, el Papa ya no necesitaba el apoyo del emperador Constantino. En tiempos de la celebración del VII Concilio Ecuménico (787), la influencia bizantina en Europa occidental había sido sustituida por la de los francos y la del papado. De esta manera, el primer movimiento iconoclasta condujo de manera inevitable a la constitución de una Iglesia occidental independiente y a la aparición del Sacro Imperio Romano, que de manera tan decisiva influirían en la consolidación de la Europa medieval.

II. *Consecuencias de la reanudación del culto a las imágenes: 775-802*

Constantino V estuvo casado dos veces, y dejó a su muerte, en 775, seis hijos. El mayor fue emperador con el nombre de León IV (775-780), pero sus cinco hermanastros minaron su autoridad y la de su hijo de corta edad, Constantino VI, coronado como co-emperador con León IV en 776. El Senado, el ejército, las corporaciones de comerciantes y los ciudadanos de Constantinopla aceptaron a Constantino como heredero y prestaron un juramento público de fidelidad a la sucesión de León dentro de la dinastía siria. Pero las pretensiones de los hijos desheredados de Constantino V continuaron siendo un foco continuo de oposición a la mujer de León, Irene, y a su hijo, Constantino VI.

Aunque carecía de la energía de su padre, León IV continuó su misma política iconoclasta, si bien de manera menos violenta. No se abolió ninguna de las leyes contra el culto a las imágenes, pero cesó la persecución y tortura de los iconódulos. Los monjes, posiblemente protegidos por la emperatriz Irene, pudieron volver a la capital. La poca disposición de León IV hacia la persecución impidió que se castigara la idolatría pública; cinco funcionarios de palacio fueron azotados por adorar imágenes, y el patriarca Pablo fue obligado a prestar el habitual juramento contra las imágenes. Durante el reinado de León, se nombraron por primera vez monjes para los obispados, medida que fortalecería el control imperial sobre la Iglesia.

Las dotes militares de León IV no eran desdeñables; hizo frente victoriosamente a dos invasiones árabes en Asia Menor:

una en Germanicia (778) y otra en la región armenia (780). En la frontera del norte se mantuvo la paz gracias al tratado impuesto a los búlgaros en 773. La política siria de traslado de poblaciones prosiguió con el asentamiento de prisioneros de guerra árabes en Tracia.

Al morir repentinamente León IV en septiembre de 780, contaba treinta años de edad y su hijo Constantino VI sólo diez. Los tíos del Emperador-niño intentaron aprovecharse de la situación, pero se lo impidió la emperatriz Irene, que había sido nombrada regente y co-emperatriz a un tiempo. Aplastó con firmeza una rebelión en favor del mayor de los hermanos de León, Nicéforo, y les obligó a todos a ordenarse sacerdotes. Esta medida no impidió que entre 792 y 798 los cinco hijos desheredados de Constantino V intentasen hacerse con el poder, pero estos intentos fracasaron también. Una vez asegurada su posición, Irene emprendió la restauración de las imágenes. Para este fin contó con la ayuda de un partido iconódulo constituido en torno al patriarca Pablo y de unos pocos funcionarios. Tuvieron que hacer frente a la oposición de casi todos los gobernadores provinciales y de toda la jerarquía eclesiástica, así como de la población de Constantinopla. No obstante, a pesar de las dificultades y peligros de la situación y de su inexperiencia, Irene perseveró en su propósito de revocar toda la tradición de gobierno de la dinastía siria, llegando a ser la única mujer que gobernó en calidad de Emperatriz sobre el Imperio bizantino.

a) Los partidos: iconoclastas e iconódulos

Una de las cuestiones más debatidas del período iconoclasta es la de los orígenes y la composición de los dos partidos. Ni tenían una masa de seguidores completamente definida, ni tampoco representaban a grupos claros dentro de la sociedad bizantina. Así por ejemplo, la población de la capital, que en 726 se mostró profundamente iconódula, en 813 acogió con entusiasmo las radicales creencias iconoclastas de Constantino V. De igual modo oscilaron las creencias, y con ello las posiciones político-religiosas, de dignatarios eclesiásticos, funcionarios civiles y gobernadores militares. Durante mucho tiempo se ha supuesto que, al ser Irene natural de Atenas, centro de la revuelta de los *helladikoi* en 727, toda Grecia era profundamente iconódula. Recíprocamente, al proceder los emperadores sirios y otros emperadores iconoclastas de la parte oriental del Imperio, se ha supuesto

que ésta era completamente iconoclasta. Esta división entre este y oeste, que tiene indudables raíces en diferencias históricas y geográficas, se ha empleado incluso para explicar el comportamiento de los soldados provinciales: mientras que las tropas asiáticas fueron siempre iconoclastas, las europeas fueron iconódulas. Pero un análisis detallado del papel desempeñado por el ejército bizantino ha demostrado que no era exactamente así, y que soldados procedentes de la parte oriental pudieron apoyar a veces a un jefe partidario de las imágenes, como ocurrió en 742. En esta revuelta los soldados de los *themas* de Opsicio y Armenia ayudaron al iconódulo Artabasdo en su intento de restablecer las imágenes, mientras que los de Anatolia y Tracia apoyaron a Constantino V. Las tropas provinciales cambiaron a menudo de bando a lo largo del conflicto, pues no eran partidarios absolutos de ninguna política y sus creencias religiosas no debieron de constituir el factor decisivo.

Por ello, la explicación de la división entre oeste y este en la formación de los dos partidos, no resulta satisfactoria para el período iconoclasta en su conjunto. Es más verosímil que el apoyo prestado a los emperadores iconoclastas se debiera a razones políticas más profundas: allí donde existía una amenaza de invasión, la población se mostró más dispuesta a apoyar la política iconoclasta. En Tracia y en Capadocia, los jefes militares debieron de ser iconoclastas. Fue la necesidad de defensa frente a los ataques árabes y búlgaros lo que originó la política que se asociaría más tarde con la iconoclastia. Y al ser las regiones asiáticas las que estuvieron amenazadas en el siglo VIII, debió de ser el odio de las tropas anatolias y armenias hacia los iconos el que ejerció una influencia decisiva. Las regiones donde eran frecuentes las prácticas judía y musulmana, así como ciertas herejías, tendieron a mostrar menor entusiasmo hacia la veneración de las imágenes. Es indudable que los soldados de la región anatolia fueron siempre iconoclastas. Por el contrario, las provincias bizantinas de la Península Balcánica, que no habían podido resistir a las invasiones eslavas, desempeñaron un papel relativamente poco importante en la defensa del Imperio. Los habitantes de Grecia no corrían un peligro alarmante y podían reaccionar airadamente contra la orden de abandonar la adoración de sus imágenes. Pero nada demuestra que estuvieran tradicionalmente más apegados a este culto que cualquier otra parte del Imperio. En resumen, la formación de los dos partidos, iconoclasta e iconódulo, se debió probablemente más a las presiones externas que a las cuestiones puramente religiosas.

b) El Séptimo Concilio Ecuménico de 787

La decisión de Irene de restablecer el culto a las imágenes significaba que su política estaba dominada por el propósito de reconciliarse con Occidente. Los bizantinos tuvieron que admitir que el poder franco había reemplazado, ya hacia 780, su propia influencia en la Italia central y que el papa Adriano I dependía completamente de Carlomagno para su protección material. No obstante, Irene quiso volver a ejercer la mayor influencia posible, tanto en Aquisgrán como en Roma. Una embajada enviada a la corte franca propuso la alianza matrimonial del joven Constantino VI con Rotruda, hija de Carlomagno. La maniobra siguiente, como en cualquier intento de cambiar la doctrina oficial, fue la elección de un patriarca partidario de las imágenes. Pablo fue obligado a dimitir y para sustituirle, Irene designó a Tarasio, que había desempeñado anteriormente el cargo de secretario imperial. En 784, por orden suya, los habitantes de la capital aprobaron la elección. Sin embargo, el Papa puso serios reparos a la elección de Tarasio, ya que era contrario a los cánones el que un laico fuese nombrado patriarca. Pero Roma y los demás patriarcados vieron con buenos ojos la perspectiva del restablecimiento de las imágenes.

En 786 se convocó un concilio ecuménico, que habría de celebrarse en la iglesia de los Santos Apóstoles de Constantinopla. Se debieron de tomar medidas para garantizar la iconodulia del episcopado, pero un fuerte contingente de soldados iconoclastas de la capital irrumpió en la iglesia durante la celebración de la ceremonia de apertura y dispersó el concilio. La responsabilidad de este hecho recayó particularmente en las tropas profesionales de la guarnición, las *tagmata,* por lo que fueron trasladadas a Asia con el pretexto de una ofensiva árabe, y sustituidas por tropas de confianza de Tracia. Con esta nueva protección, el concilio se volvió a reunir en septiembre de 787, no en la capital, sino en Nicea. Los 350 obispos, monjes y representantes del Papa y de los patriarcas, se pusieron rápidamente de acuerdo sobre la restauración del culto a las imágenes y la condenación de la iconoclastia, pero hubo importantes discusiones acerca de los iconoclastas arrepentidos que quisiesen unirse de nuevo a la Iglesia. Surgieron dos puntos de vista contrarios: el de los partidarios de la moderación y el compromiso y el partido monástico, fanáticamente anti-herético. Aunque no pudo llevar a cabo la exclusión de los antiguos iconoclastas, este partido, dirigido por Platón de Sacudio y su sobrino, Teodoro de Estudio, iba a ocasionar más adelante serias

divisiones en el seno de la Iglesia por su rigurosa aplicación del derecho canónico.

La política religiosa de Irene había, por tanto, triunfado, pero ello no provocó en Occidente el efecto deseado. Ambas Iglesias seguían sintiendo una gran desconfianza mutua. En 794, a instancias de Carlomagno, un sínodo de la Iglesia occidental condenó el VII Concilio Ecuménico. Esta tensa situación debió de agravarse aún más con la ruptura por parte de Irene del compromiso entre Rotruda y su hijo, obligado a casarse con una princesa armenia en 788. Estas tensiones quedaron políticamente patentes con la coronación imperial de Carlomagno el día de Navidad del año 800.

El concilio de 787 había restablecido oficialmente el culto a las imágenes, pero en la práctica, el partido iconoclasta no fue inmediatamente abolido. Por supuesto Irene designó como ministros a partidiarios de sus ideas, entre los que destacaron los dos eunucos Aecio y Estauracio, que gozaron de una posición destacada en los asuntos administrativos y militares y evitaron en realidad la participación de Constantino VI en el gobierno. Como consecuencia de ello, las relaciones entre los dos co-emperadores empeoraron cada vez más desde 788. Era inevitable la formación de un partido de oposición a Irene en torno a Constantino, del que formaban parte los iconoclastas que aún quedaban. Cuando Irene intentó obligar al ejército a reconocerla como único Emperador y desheredar a Constantino, las tropas armenias e iconoclastas, proclamaron a Constantino emperador único. Este obligó a su madre a retirarse al palacio de Eleuterio, y Miguel Lacanodraco, el odiado gobernador del *thema* de los tracesios en tiempos de Constantino V, se convirtió en su principal consejero.

c) Constantino VI: 790-797

Como Emperador, Constantino sólo pudo gobernar dos años. Luego fue convencido para autorizar a su madre a recuperar su condición de co-emperador. Esta medida fue mal vista por los iconoclastas, que, una vez más, se volvieron hacia su tío Nicéforo, el mayor de los cinco hijos de Constantino V. Pero el Emperador aplastó la revuelta y desterró a Atenas a todos sus tíos. También castigó a Alejo Mosele, jefe de las tropas armenias que le habían ayudado en 790, y este injusto acto le hizo perder a su aliado más importante. Más tarde provocó un gran escándalo al anunciar el divorcio de su mujer y su matrimonio con una sirvienta de palacio, Teodata. Esto abrió una nueva división entre los eclesiásticos. Al amenazar Constantino al patriarca Tarasio con el

restablecimiento de la iconoclastia, éste accedió a la celebración del matrimonio que se llevó a cabo con gran pompa y esplendor. Pero la cuestión del «adulterio» (*moicheian*) hizo perder al Emperador el apoyo de la Iglesia.

En 797, el Emperador había ya perdido todos sus aliados: los iconoclastas, el ejército y la Iglesia. Era absolutamente impotente para hacer frente a su madre, decidida a terminar con él como Emperador. Después de una campaña, aparentemente desfavorable, contra los árabes, decayó también su apoyo popular. El 15 de agosto de 797 fue cegado por orden de su madre y confinado, con Teodata, en un remoto palacio. Irene se convirtió en gobernante única del Imperio.

d) El reinado de Irene: 797-802

Si los primeros diez años de gobierno de Irene como regente fueron testigos de su preocupación por los problemas religiosos, sus cinco años de gobierno personal fueron una prueba mucho más dura para sus dotes. En una época en que los emperadores dirigían habitualmente a sus tropas en las batallas, era difícil que una mujer impusiera su condición de emperador. No obstante, dominó la situación notablemente bien. Los generales Estauracio y Aecio controlaron alternativamente la administración central y la rivalidad entre ellos hubiera provocado la guerra abierta en el año 800 de no haber sido por la oportuna muerte de Estauracio. Esto tampoco solventó el problema de la inseguridad que producía la cuestión sucesoria. El papa León III se sirvió del pretexto de que el Imperio estaba en manos de una mujer para coronar Emperador a Carlomagno, pero es indudable que la verdadera razón de esta coronación imperial era que trataba de consolidar la autoridad del rey franco.

A pesar de que la política iconódula de Irene fue en general bien acogida, se vio obligada a comprar el apoyo de los iconoclastas, predominantes en la capital, mediante remisiones de impuestos. Fueron cancelados los impuestos de la ciudad *(phoroi politikoi)*, que pesaban sobre los habitantes de Constantinopla, algunos derechos de exportación e importación, que se pagaban a las aduanas bizantinas, y algunos impuestos monásticos. Al mismo tiempo, aumentaron los gastos. Irene levantó el palacio de Eleuterio, encargó un mosaico de Cristo para la puerta de Calcis en sustitución del que mandara destruir León III, y fundó monasterios e iglesias con decoraciones iconódulas. Durante su reinado, los monjes de Estudio consiguieron, por primera vez, ejercer su influencia en la capital y en la Corte. Todo esto, unido a la

mala situación económica, produjo un gran resentimiento entre los funcionarios y administradores de la Corte, que promovieron un golpe de estado en octubre de 802 y alejaron del poder a la Emperatriz usurpadora.

La crisis interna fue la chispa que hizo saltar la revolución que llevó al poder a Nicéforo I. Pero la crisis externa del Imperio no era menor. Desde 780, el poderoso aparato militar de Constantino V y León IV se había visto progresivamente debilitado por el ejército árabe, a las órdenes del gran Hārūn al-Rasīd. En 782, éste consiguió infligirle una derrota que tuvo como consecuencia el pago de un tributo al califa durante tres años. Algunas campañas posteriores tampoco tuvieron éxito, y después de la última de ellas, en 798, el Imperio tuvo que pagar de nuevo tributos de guerra. En las provincias europeas, sin embargo, Estauracio dirigió una importante campaña en 783 que sometió a los eslavos y penetró hasta el mismo Peleponeso. Irene celebró esta victoria con un triunfo en el Hipódromo y marchó hasta la misma Berea para observar los resultados de la pacificación. Entre esta fecha y el 800 aproximadamente se implantó la administración provincial en las zonas de Macedonia y del Peleponeso. Es probable que la iglesia de Santa Sofía de Salónica, uno de los pocos monumentos iconódulos que quedan, fuese construida en esta época. A pesar de que Constantino VI demostró, en parte, si no el talento sí el valor de su abuelo, y gozó del respeto de sus tropas, sufrió una derrota humillante a manos de los búlgaros en 792. Tanto Constantino como más tarde Irene, se vieron obligados a reconocer la superioridad de los ejércitos búlgaro y árabe y a comprar la paz a un precio muy alto.

III. *Consecuencias de la supremacía búlgara en los Balcanes: 802-813*

El golpe de estado de 802 encontró poca oposición. Aunque Nicéforo era ya anciano y no era militar, fue considerado un Emperador capaz de dirigir las tropas. Sus opiniones religiosas bastaron para que Tarasio le coronase Emperador en Santa Sofía. Y su experiencia en las finanzas como jefe de la administración imperial (*genikos logothetes*) significaba sin duda una garantía para un Imperio empobrecido por los pesados tributos, por los impuestos no recaudados y por el gasto excesivo de los monumentos imperiales y de la Corte.

Nicéforo I ha sido desfavorablemente juzgado a causa de las noticias conservadas de su reinado, todas iconódulas, por haberse negado a que las cuestiones religiosas dominasen la política es-

tatal. Intentó llevar a cabo una reforma económica coherente a expensas de algunos elementos ortodoxos, principalmente los monasterios.

Una vez desterrada Irene a la isla de los Príncipes, el primer objetivo de Nicéforo fue convertir a su familia en dinastía reinante. En julio de 803, Bardanio Turco, gobernador del tema de Anatolia, encabezó una revuelta que fue apoyada por todas las tropas imperiales a excepción de las armenias. La rebelión fue sofocada y Bardanio cegado, y en el mes de diciembre, Estauracio, hijo único de Nicéforo, fue coronado co-emperador. Sin duda hubiera llegado a ser Emperador de no haber sido por su muerte prematura en 811.

a) Reformas militares de Nicéforo

Al negarse Nicéforo a cumplir el humillante tratado firmado en 798 entre Irene y Hārūn al-Rasīd, se hizo inevitable la presencia de las tropas del califa en territorio bizantino. Por el mismo tiempo, el jan búlgaro Krum hacía evidentes preparativos para atacar la frontera norte del Imperio. Nicéforo, ante la posibilidad de dos ataques simultáneos en dos frentes distantes, tuvo que buscar recursos para la defensa. Las reformas militares de Nicéforo han de analizarse en la óptica de esta doble amenaza.

La principal fuerza defensiva del Imperio estaba constituida por las unidades provinciales *(themas),* mandadas por los gobernadores provinciales *(strategoi),* reclutadas y adiestradas sobre la marcha. Estos soldados solían ser más leales a sus generales que al emperador, como se había comprobado en 803, en que Bardanio fue apoyado por las tropas de todos los contingentes asiáticos. Tenían que sufragar su equipo y alimentar a sus familias con las concesiones de tierra que recibían por valor de 4 libras de oro (288 *nomismata*), pero había una gran diversidad entre las tropas de cada región. Para hacer frente a las tropas provinciales de Bardanio, Nicéforo contó con las tropas de la guarnición (*tagmata*) de Constantinopla, compuestas por soldados profesionales dignos de confianza. Originariamente había tres *tagmata:* los *scholae,* los *excubitores* y la *vigla* o *arithmos.* Un cuarto, los *hikanati,* fue creado por Nicéforo. Juntamente con las tropas especiales de la guardia imperial, formaron el verdadero núcleo del ejército bizantino.

Para aumentar el número de sus fuerzas armadas, Nicéforo recurrió a los métodos habituales de leva, con la innovación de que aquellos que eran demasiado pobres para pagar sus impuestos debían alistarse y sus vecinos deberían no sólo pagar estos impuestos, sino también una suma de 18 1/2 *nomismata* por cada soldado pobre. Esto significaba una vigorosa afirmación del principio de responsabilidad colectiva ante el impuesto, sobre el que se basaban todas las comunidades municipales en el Imperio bizantino. Evidentemente, Nicéforo esperaba incrementar el número de soldados sin hacerles la concesión de tierra habitual, pero no es dudoso que los 18 1/2 *nomismata* bastasen para el sostenimiento de un soldado y su familia, aunque era una suma considerable para sus vecinos. Se desconocen los resultados de esta política, aunque si los soldados pobres que lucharon en la campaña de 811 constituían las nuevas fuerzas, no se puede decir que constituyese un gran éxito.

Probablemente se debió a Nicéforo la creación de varias administraciones provinciales nuevas encaminadas a consolidar el control bizantino en la Península Balcánica. En la Grecia occidental, las islas Jónicas formaron el *thema* de Cefalonia, principalmente provincia marítima, que entró en acción por primera vez frente a Pipino, hijo de Carlomagno, en 809. El control imperial sobre la Grecia del sur se reforzó tras la derrota de una revuelta eslava en 805. La ciudad de Patras, que había resistido con éxito a un ejército mixto árabe y eslavo, fue elevada a la condición de metropolitana y sus iglesias fueron reedificadas. Igualmente, las zonas de Salónica y Dirraquio pasaron a estar bajo un control bizantino más estricto, aunque la estructura administrativa oficial no se debió de imponer hasta el siglo IX.

b) Política exterior

En 806, Hārūn al-Rasīd avanzó hasta Tiana, apoderándose de muchas fortalezas fronterizas, y envió un gran contingente hasta Ankara. Nicéforo se vio obligado a pedir la paz. Los términos del tratado fueron, si cabe, aún más humillantes que los acordados por Irene, pero el Emperador no tuvo más opción que pagar anualmente 30.000 *nomismata,* además de un rescate personal por sí mismo y Estauracio. Algo más de éxito tuvo en sus negociaciones con Carlomagno. Nicéforo estaba resuelto a no reconocer las pretensiones francas al título imperial y al mismo tiempo a defender la zona de influencia bizantina en las lagunas del Adriático norte (Venecia, Istria, Liburnia y Dalmacia), amenazadas por la presión de Pipino. Esta salida bizantina hacia Europa occidental era más vital tras la pérdida de Rávena en 751. Por ello, los embajadores de Carlomagno volvieron a Aquisgrán

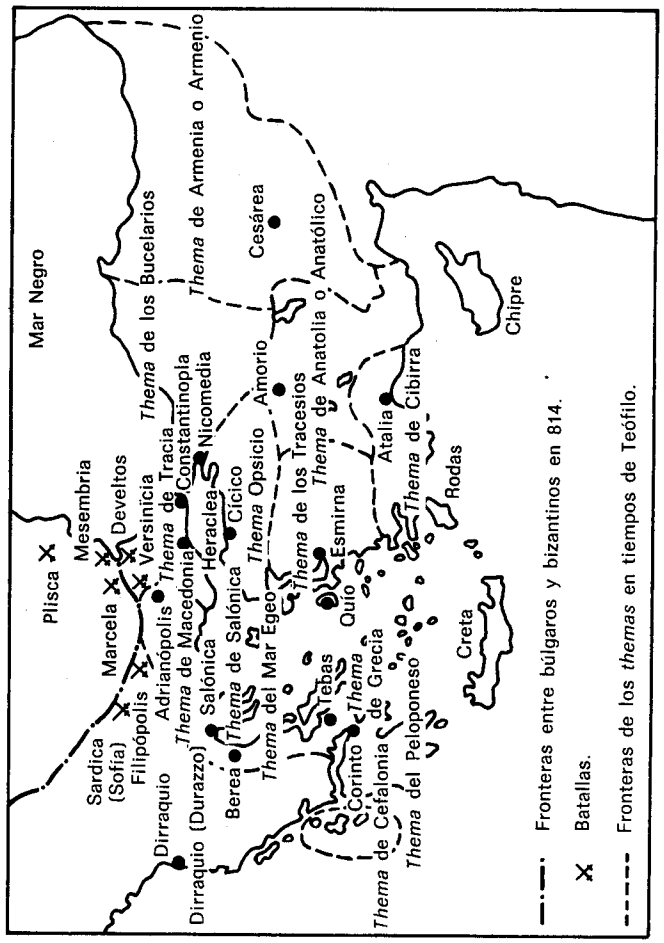

Fig. 4. *Las campañas del período 790-814 y la situación de los themas en tiempos de Teófilo.*

sin conseguir nada positivo y una flota bizantina en el Adriático consiguió imponer una tregua. Pero este arreglo duró solamente hasta 809, en que Pipino conquistó Venecia y la costa dálmata. La negociación entre bizantinos y francos se aplazó por la muerte primero de Pipino (julio de 810) y luego del propio Nicéforo un año más tarde, siendo finalmente Miguel I el que firmó la paz con Occidente. Reconociendo las pretensiones imperiales de Carlomagno, Miguel I dio la espalda a la política de Nicéforo.

Tras la muerte del califa Hārūm al-Rasīd en 809 las disensiones internas impidieron llevar a cabo otras acciones militares contra el Imperio, lo que debió de ser un respiro para Nicéforo, pues ya en 807 los búlgaros habían comenzado a atacar. En este año llevaron a cabo un terrible ataque en la región de Estrimón, apoderándose de todo el dinero destinado a la paga de las tropas. Dos años más tarde se dispusieron a penetrar por la frontera del norte, sitiando Sardica (Sofía), una de las fortalezas clave. Inmediatamente, Nicéforo partió hacia Plisca, capital de los búlgaros, donde, en represalia, incendió el palacio del jan Krum. Pero se dio cuenta de que los búlgaros podían llegar a ser un enemigo extremadamente peligroso, por lo que decidió trasladar tropas bizantinas de refuerzo a las zonas más vulnerables de la frontera. La región de los esclavinios fue colonizada por habitantes de los cinco *themas* orientales entre septiembre de 809 y la Pascua de 810, al modo bizantino tradicional: los colonos recibieron lotes de tierras y a cambio tenían que prestar servicio militar, del mismo modo que los soldados provinciales. Con esto se garantizaba tanto la defensa local como el cultivo de la tierra. Pero, en esta ocasión, el sistema no resultó eficaz, pues los colonos descontentos huyeron al primer ataque búlgaro. Sin embargo, la campaña de 811 se concibió para derrotar a los búlgaros de manera definitiva. Ante la presencia del impresionante ejército de Nicéforo, Krum pidió la paz, pero el Emperador continuó hasta Plisca, que fue de nuevo saqueada. En lugar de retirarse entonces con todo el botín y el tesoro del jan, los bizantinos cayeron en una emboscada en las regiones montañosas. En la gran matanza que se produjo, no sólo murió el Emperador, sino también numerosos patricios y generales. Sólo Estauracio consiguió escapar, junto con un grupo de dignatarios y lo que había quedado del gran ejército. Esta derrota influyó en la evolución de las relaciones entre bizantinos y búlgaros a lo largo del siglo IX, pero no fue suficiente para contrarrestar los éxitos de Nicéforo en la reorganización de los recursos militares, navales y financieros. Estas reformas básicas sirvieron luego de plataforma a las victorias posteriores.

c) La administración de las finanzas

El rasgo más destacado del gobierno de Nicéforo radica en su capacidad para financiar sus reformas. Empleó toda su habilidad y experiencia como jefe de la administración imperial para llevar a cabo una revisión general de todo el sistema fiscal bizantino. Comenzó su política de restricciones aboliendo las liberalidades de Irene. Volvieron a implantarse los impuestos sobre la importación de esclavos de la aduana de Abidos, al igual que los *phoroi politikoi* pagados por los habitantes de la capital. Se cancelaron todas las exenciones y remisiones impositivas decretadas por Irene. Luego, Nicéforo se lanzó a una revisión ambiciosa y de gran alcance de toda la administración financiera del Imperio. Se fijó la capacidad impositiva de los hombres libres según sus tierras y propiedades, y la cantidad calculada fue registrada tanto en los catastros del registro central como en los provinciales. Estas listas constituían la base de todo el sistema y su exactitud era de la máxima importancia. En tiempo de Nicéforo se llevó a cabo una completa revisión de todos los catastros, de modo que los impuestos pudieran ser calculados y recaudados de la manera más eficaz. Se impuso una tasa suplementaria para cubrir los gastos de esta operación. Más tarde, todos los impuestos fueron elevados de modo uniforme.

Al mismo tiempo, se abolieron todas las exenciones de impuestos públicos de los monasterios. Esta medida provocó una gran protesta por parte de los monasterios y sus simpatizantes, ya que durante muchos años estas instituciones no habían pagado la mayor parte de sus impuestos. Nicéforo decretó que pagasen el *kapnikon* (impuesto por hogar) sobre todas sus propiedades y que este pago fuese retrotraído al primer año de su reinado. Las propiedades monásticas, que se habían visto incrementadas durante los siglos VI y VII gracias a las numerosas donaciones y legados, se vieron así reducidas mediante la expropiación pública. Los administradores imperiales registraron entre los fundos imperiales *(basilike kouratoria)* las mejores tierras de los ricos monasterios, pero éstos siguieron siendo responsables de los impuestos que estas tierras pagaban. En mayo de 811 el *genikos logothetes* recibió la orden de recaudar todos los impuestos públicos debidos por las instituciones monásticas y eclesiásticas, también retrotraídos a 802. Mediante estos procedimientos, Nicéforo debió de obtener grandes sumas de dinero, ya que la Iglesia había disfrutado de una situación privilegiada desde 780.

No fueron los eclesiásticos los únicos perjudicados con las reformas de Nicéforo. Se dieron instrucciones a los gobernadores provinciales de hacer una relación de todas las personas recientemente enriquecidas, a quienes se gravó con impuestos por exceso de riqueza. De igual manera, un fabricante de velas que había amasado una fortuna de 100 libras de oro en el mercado de Constantinopla, fue desposeído de su fortuna por el mismo Emperador en persona. Nicéforo le permitió conservar solamente 100 *nomismata*. Las herencias habían siempre estado gravadas por impuestos en el Imperio bizantino, pero ahora éstos se hicieron extensivos a las donaciones y los legados. Sobre las prósperas poblaciones navegantes de las costas de Asia Menor, volvió a pesar un antiguo impuesto resucitado por Nicéforo, la liturgia *(litourgia)* romana que tenía como objetivo mantener la tierra cultivada. De esta manera, los habitantes más prósperos se vieron obligados a comprar al Estado, a precios fijos, las tierras abandonadas por los campesinos más pobres. Se introdujo en el sistema fiscal bizantino el principio de que los miembros más ricos de la sociedad asumieran las responsabilidades de los menos favorecidos. Nicéforo también consiguió dinero de los acomodados mercaderes y capitales de barcos de Constantinopla, obligándoles a recibir empréstitos de 12 libras de oro. Esta puede parecer una medida extraña en un gobierno empobrecido, pero frente al pago de 12 libras (864 *nomismata*) el Estado obtenía tres ventajas: en primer lugar, los altos tipos de interés, del 16,6 %, producían unos ingresos fijos; en segundo lugar, al estar prohibido el préstamo de dinero a interés, el Estado se constituía en la única fuente de préstamos, y en tercer lugar, con estos empréstitos tan grandes la población mercantil de la capital podía ampliar sus actividades comerciales.

Estas medidas son profundamente reveladoras, no sólo de la administración de Nicéforo, sino también de la vida diaria en el Imperio bizantino. Solamente aparecen recogidas por una crónica iconódula, que las incluye entre algunas, aunque ni mucho menos todas, las malas acciones de Nicéforo. Por ello la fuente es incompleta y francamente parcial. Pero se puede utilizar, si tenemos en cuenta esta animosidad del cronista hacia el Emperador que había obligado a Irene a abdicar, así como su oposición al ataque contra la propiedad privada y a la intromisión de los funcionarios imperiales en las instituciones privadas, puntos que tipifica el intento de Nicéforo de llevar a cabo una revisión de la administración financiera. Estas medidas, encaminadas a fortalecer la maquinaria estatal a expensas de las organizaciones individuales y privadas, vinieron a ser una «nacionalización» de los recursos destinada a financiar la reactivación de la maquinaria administrativa y militar.

Las «nefastas acciones» de Nicéforo de que nos habla la crónica revelan cuatro interesantes aspectos del Imperio bizantino a

comienzos del siglo IX. En primer lugar, que las comunidades aldeanas de hombres libres estaban constituidas sobre la base de la responsabilidad colectiva ante el impuesto. La aldea constituía una unidad fiscal. La suma total de los impuestos a pagar por cada aldea correspondía a las tierras y a la capitación personal, que se recaudaban conjuntamente como garantía de que la tierra no quedaría sin el trabajo necesario para su cultivo, y a la inversa. Cada habitante era responsable, no sólo de su contribución personal dentro del total a pagar, sino también de la de sus vecinos. De esta manera, los más pobres se veían socorridos por los ricos, y si en algún momento la tierra era abandonada, la comunidad la arrendaba a quien estuviera en condiciones de cultivarla y de pagar el impuesto debido. Sin esta tradición de organización de las comunidades aldeanas no hubiera sido posible el sistema de Nicéforo de alistar a los más pobres en el ejército.

En segundo lugar, el alistamiento y asentamiento de soldados en las diferentes partes del Imperio nos da una idea del sistema bizantino de reclutamiento de los ejércitos provinciales. Normalmente, cada nuevo soldado alistado se inscribía en el catálogo militar y recibía una concesión de tierra por valor de 4 libras de oro. Con ello se suponía que podría cubrir los gastos de su propio equipo militar. Al obligar Nicéforo a alistarse a los pobres, lo que hacía era tratar de reclutar soldados a bajo precio, pues 18 1/2 *nomismata* bastaban para alimentar a toda la familia, pero indudablemente no para cubrir además el coste de su equipo. No obstante, la política de asentar gente procedente de las regiones orientales en las zonas amenazadas por los ataques búlgaros muestra que ambos aspectos de la vida rural —la organización de las comunidades aldeanas y los asentamientos del ejército— tenían bases sólidas. Estas dos instituciones evolucionaron durante un largo período y probablemente son anteriores en varios siglos al reinado de Nicéforo. Cada gobierno provincial tenía que confeccionar el catastro de todos los pueblos y el registro militar de todos sus soldados y de sus lotes de tierra. Hacia 810 ambos sistemas de organización rural estaban firmemente arraigados y podían hacerse extensivos sin dificultad a los *themas* recién creados.

El tercer aspecto de la vida bizantina se refiere a la profusión de tierras y riquezas de la Iglesia. A pesar de la persecución de 730-755, todos los sectores de la Iglesia habían mejorado su situación, especialmente bajo la protección de Irene. Los monasterios recibían enormes riquezas en forma de donaciones de familias acomodadas. Teoctiste, madre de Teodoro de Estudio, mujer profundamente religiosa, convenció a su esposo, a sus hermanos y a todos sus hijos de que abandonaran la vida mundana.

Sus bienes se vendieron y repartieron entre los sirvientes y los pobres, y los diferentes miembros de la familia se dispersaron, llevando cada uno a sus diferentes monasterios el oro y la plata sobrantes. Nos consta que esta gran demostración de piedad produjo un profundo impacto en otras ricas familias de Constantinopla. Muchas personas devotas dotaban un monasterio, al que terminaban por retirarse. Nicéforo consiguió el pago de numerosos impuestos, retrotraído a 802, de todas las instituciones eclesiásticas, incluídas las fundaciones filantrópicas, tales como albergues para extranjeros, asilos y orfanatos.

En cuarto lugar, la lista de las «obras nefastas» de Nicéforo refleja la situación de las clases mercantiles de la capital y añade datos al escaso conocimiento que se tiene sobre este sector de la sociedad. Está claro que tanto los mercaderes como los capitanes, que a veces eran también constructores de buques, eran lo suficientemente ricos para hacer frente a un empréstito de 12 libras de oro a un tipo de interés cuatro veces superior al normal. Del mismo modo, los habitantes de las zonas costeras estaban obligados a comprar las tierras abandonadas. Sin duda, tenían también intereses en algún tipo de comercio marítimo, que había sido siempre en el Imperio bizantino una gran fuente de riqueza. Es evidente que algunos sectores de la población de la capital vivían con gran lujo, pues de otra manera Nicéforo no hubiera reimplantado los *phoroi politikoi* y el impuesto sobre importación de esclavos.

A pesar de que Constantinopla era el mercado más importante de Europa en esta época, no parece que la actividad exterior de mercaderes bizantinos fuera grande. Su papel principal era servir de intermediarios en el transporte de los productos del Norte y del Este hacia Occidente y a la inversa. Las rutas comerciales con Rusia y Escandinavia servían para transportar ámbar, pieles, esclavos y trigo a Querson, donde los bizantinos lo recogían. Igualmente, la seda, las especias y los perfumes de la India y del Lejano Oriente llegaban a Trebisonda, puerto del Mar Negro, pasando por Persia o por el janato jázaro. La navegación bizantina en el mar Negro se intensificó cuando los piratas árabes hicieron peligroso el comercio en el Mediterráneo oriental e incluso en el Egeo. Constantinopla era un polo de atracción para los mercaderes de todas las nacionalidades y, en conjunto, los bizantinos se contentaban con dejarles desembarcar y comprar. Por el contrario, la distribución interna de los productos estaba organizada por los propios bizantinos, que se servían de su estado-vasallo, Venecia, como enclave del Imperio en Occidente. A través de Venecia pasaban a Europa Occidental las sedas bizantinas y demás productos de lujo.

d) Nicéforo y la Iglesia

Aunque el cronista ya citado se refiera a la perversidad del Emperador, nada demuestra que Nicéforo se viera implicado en la controversia inconoclasta. Solamente le preocupaba la posición social de la Iglesia. Su insistencia en intentar someter al control imperial las jerarquías de las órdenes religiosas le enfrentó con los principales personajes iconódulos. Esto se hizo patente en 806, a la muerte del patriarca Tarasio. El candidato del Emperador para el puesto vacante era un devoto seglar también llamado Nicéforo, que había abandonado su puesto en la administración imperial para dedicarse a la vida contemplativa. Su padre había sufrido torturas en tiempos de Constantino V a causa de sus creencias iconódulas, que él también compartía. Este nombramiento irritó a los monjes estuditas. Pero Nicéforo ocupó el patriarcado y el Emperador desterró a los monjes que se negaron a reconocerle. Esta rápida promoción del patriarca Nicéforo determinó, hasta cierto punto, las relaciones entre la Iglesia y el Estado. El Emperador intentó gobernar la Iglesia, por medio del Patriarca, de la misma manera que gobernaba el Imperio. Así, a causa de los desacuerdos políticos con Carlomagno, no autorizó al patriarca Nicéforo a comunicar su nombramiento al Papa hasta 811. Debido a la insistencia del Emperador, fueron readmitidos en el seno de la Iglesia los sacerdotes que habían llevado a cabo el matrimonio «adúltero» *(moicheian)* de Constantino VI y Teodata. Igualmente, la decisión del Emperador de disolver el monasterio de Estudio y desterrar a sus monjes fue provocado por la desobediencia civil de éstos, aunque ellos lo consideraron sin duda una persecución religiosa.

Toda la acción del gobierno de Nicóforo se basó en unas ideas de carácter político: la necesidad de defender al Imperio frente a sus enemigos y de dar solución a sus problemas económicos. La mejor manera de conseguir ambos objetivos era la consolidación de un control imperial centralizado y la afirmación de la autoridad omnímoda del Emperador, métodos iniciados ya por León III y Constantino V. La consecuencia de esta política fue la mejora del aparato defensivo del Imperio y su preparación para una prolongada lucha contra los búlgaros. Como demuestran las acusaciones que lanza la crónica contra Nicéforo, estas medidas le hicieron muy impopular. Esta misma reacción debió de ser la causa de los varios motines que debilitaron al ejército bizantino. Su gobierno no significó ninguna solución para el problema religioso, agudizado incluso por el nombramiento del patriarca Nicéforo. Durante este período se ahondó el foso existente entre los dos bandos dentro del partido iconódulo, que en 787 habían recibido la denominación de zelotas (intransigentes) y políticos (partidarios de un compromiso). El grupo zelota, dispersado en el exilio, se vio fortalecido merced a la indiscutible jefatura de Teodoro de Estudio. Las diferencias de éste con el patriarca Nicéforo se hicieron tan profundas que llegó a debilitarse la oposición iconódula frente a la reacción iconoclasta. No obstante, la dinastía del *genikos logothetes* pudo haber gobernado bien y por largo tiempo; había elegido las opciones políticas correctas y disfrutado de la autoridad suficiente para imponerlas. Los años que siguieron a la derrota ante los búlgaros de 811, iban a hacer patente la conveniencia de llegar a una estabilidad dinástica.

Tras la derrota y muerte de Nicéforo, el ejército bizantino se fue poco a poco congregando, en el estado precario en que se hallaba, en Adrianópolis. La impresión de una derrota de tal calibre —ningún emperador había muerto a manos de paganos desde 378— causó un hondo impacto en las tropas. Los pocos patricios que habían escapado a la matanza proclamaron Emperador a Estauracio, pero tenía graves heridas a las que quizá no sobreviviera. Por tanto, esta proclamación no terminó con las especulaciones acerca de la sucesión. Nicéforo no tenía más que una hija, Procopia, casada con un funcionario palatino, Miguel Rangabé, que se convirtió en un candidato rival. Ante las dudas de Estauracio sobre su abdicación, el patriarca Nicéforo y un grupo de funcionarios palatinos se las arreglaron para que Miguel fuera proclamado en el Hipódromo por el ejército, el Senado y la población de Constantinopla, coronado emperador e instalado en el palacio imperial. Ante esta situación, Estauracio se retiró a un monasterio donde murió tres meses después.

e) Miguel I: 811-813

La característica más sobresaliente del reinado de Miguel fue su gran liberalidad, que significó una definitiva ruptura con la política de restricciones económicas de Nicéforo. En su calidad de iconódulo, Miguel estaba particularmente agradecido al patriarca Nicéforo, que había conferido legitimidad a su gobierno mediante la coronación imperial. Hizo ricas donaciones al clero de la Gran Iglesia, a los miembros del Senado y a los soldados conscriptos que habían apoyado su candidatura. La emperatriz Procopia hizo donativos a las viudas de los soldados muertos en la campaña de 811 y se repartieron recompensas monetarias semejantes entre las poblaciones de los temas de Opsicio y de los Tracesios, afectadas por los ataques búlgaros, y a los monjes

chipriotas, hostigados por los ataques de los árabes. Al cabo de dieciocho meses había llegado a dilapidar la mayor parte de los fondos reunidos por su suegro.

Era una personalidad débil, cuya posición era además frágil, por lo que su política exterior estuvo dirigida a conseguir la paz a cualquier precio. Krum, el jan búlgaro, se dispuso a aprovechar su inesperada victoria tan pronto como llegó la primavera. Así, antes de que Miguel pudiera llegar a un arreglo, los búlgaros habían asediado y tomado Develtos. Miguel se vio forzado, aunque muy a disgusto, a emprender una campaña contra los búlgaros. Había en Constantinopla un poderoso partido que urgía la firma de un tratado de paz con Krum, pero entre las filas de los monjes estuditas surgió un inesperado grupo de presión partidario de la guerra. Como iconódulo devoto, uno de los primeros actos de gobierno de Miguel fue llamar a los monjes desterrados, que luego influyeron en toda su política. Teodoro, al que el Emperador admiraba de manera particular, se convirtió en el jefe del partido de la corte favorable a la guerra y convenció a Miguel de que no aceptara los términos de la paz ofrecida por Krum. Por ello, Krum atacó Mesembria, donde se apoderó de oro, plata y de los depósitos de fuego griego. El partido estudita seguía presionando para que se emprendiera una enérgica acción militar. En junio de 813, cuando Krum volvió a avanzar sobre Tracia, Miguel hizo frente a los búlgaros en Versinicia, cerca de Adrianápolis, donde fue derrotado debido tanto a sus errores tácticos como a la traición.

Esta presión de los estuditas a favor de la guerra ensombreció definitivamente el reinado de Miguel. Pero su política con respecto a Occidente y al Papado tuvo una gran influencia sobre todo el sistema de relaciones de Bizancio con Europa. Una embajada enviada a los francos anunció el reconocimiento del título imperial de Carlomagno a cambio de Venecia, Liburnia, Istria y las ciudades dálmatas conquistadas por su hijo Pipino. Carlomagno fue debidamente proclamado Emperador en Aquisgrán, en 812. Su coronación del 800 se vio de esta manera legalizada —aunque algunos Emperadores bizantinos posteriores se negaron a reconocer el título—, lo que constituyó un gran triunfo para los francos y realzó enormemente sus relaciones con el Papado y responsabilizó del cisma al Emperador anterior. Nicéforo suponía que León III se había visto obligado a coronar a Carlomagno por idénticas presiones laicas y por ello esperaba que comprendiera la posición del Patriarca. La paz con Roma fue consecuencia inmediata de la decisión de Miguel de reconocer a Carlomagno, pero es probable que fuera fomentada por las teorías de los estuditas acerca de la supremacía papal.

Dicha teoría había sido elaborada por Teodoro en sus frecuentes destierros. Era consciente de que la Iglesia había perdurado desde la caída del Imperio occidental gracias a la enérgica actuación de los papas, por lo que respetaba sus esfuerzos. En el momento en que solicitó su ayuda, estaba firmemente convencido de que la sede de Roma disfrutaba de una autoridad particular. Es posible que de esta manera, sin darse cuenta, fuese el precedente de las pretensiones que iban a producir el gran cisma del siglo XI.

En el reinado de Miguel, se requirió la presencia de los estuditas en el Consejo Imperial, junto con el Patriarca y algunos miembros del Senado. Desde esta institución estatal pudieron influir en el desarrollo de la política iconódula. Por influencia suya, se volvió a excomulgar el sacerdote que había celebrado el matrimonio adúltero de Constantino VI y se conmutó la pena de muerte a algunos herejes de Frigia y Licaonia. Esta influencia iconódula no fue muy bien acogida, no sólo entre los iconoclastas, sino también entre algunos gobernadores militares, que desconfiaban de las opiniones políticas de los estuditas. Como reacción, tuvo lugar un nuevo e infructuoso intento de proclamar emperadores legítimos a los hijos de Constantino V. Las esperanzas puestas en la persona de Constantino V se acrecentaron en junio de 813, cuando el Emperador y el ejército se acercaban a Versinicia. Una multitud irrumpió en la capilla imperial en la iglesia de los Santos Apóstoles, donde estaba enterrado su héroe, abrió la tumba y le suplicó que condujera al Imperio a una gloriosa victoria sobre los búlgaros. Algunos consideraron un milagro este suceso, y corrieron por la ciudad la voz de que Constantino V iba a resucitar realmente. La idea provocó un alboroto tal que el Prefecto de la ciudad paseó por las calles, bajo custodia, a los inculpados.

La derrota de Miguel en Versinicia demuestra un hecho importante: las ideas iconoclastas eran aún muy fuertes en el ejército, tanto entre los soldados como entre los generales. Algunas unidades provinciales estuvieron al mando de hombres reticentes e incluso abiertamente hostiles a la política de Miguel. Por tanto, el ejército estaba en mala disposición y preparado para el motín. Gran parte del pueblo consideró la derrota militar como un castigo contra la política iconódula, y exigía la vuelta a la política de Constantino V, que había traído tanto victorias militares como prosperidad. En la mentalidad popular existía una confusión total entre las prácticas religiosas y las condiciones materiales. Al pueblo lo que le afectaba era el hecho de que el precio del trigo hubiese sido bajo en tiempos de Constantino V y fuese alto en los de Miguel. (La diferencia en el

precio se debía a las devastaciones de los búlgaros en los graneros de Tracia.) La victoria militar, tan profundamente anhelada, sólo sería posible con un ejército fiel y éste sólo existiría con el abandono de la política iconódula. Por tanto, la solución a todos los problemas bizantinos radicaba en un cambio que supusiera una vuelta a la iconoclastia. Esto iba a conducir a una política de aislamiento con respecto a Europa y al Papado, a la deposición de los consejeros eclesiásticos de la Corte, a la subordinación de la Iglesia al Emperador y a una administración más estricta.

IV. *El segundo período iconoclasta: 813-842*

León el Armenio, que llevó a cabo este cambio, era un general victorioso con una brillante hoja de servicios, aunque no esté muy claro el papel que desempeñó en el campo de batalla en junio de 813. Aconsejó al Emperador el ataque, pero luego se negó a seguir la táctica acordada y abandonó la batalla, animando a otros a la huída. Tras la derrota, fue aclamado Emperador por los soldados del *thema* de Anatolia, de la que había sido gobernador, y por las tropas macedonias y tracias que habían conseguido escapar con vida. Desde Adrianópolis, marchó sobre la capital, donde recibió la bienvenida del Senado y fue coronado, con el nombre de León V, por el patriarca Nicéforo. Miguel y Procopia se refugiaron en un monasterio y sus hijos fueron castrados.

Las crónicas asocian el nombre de León con los de Miguel de Amorio y Tomás el Eslavo, debido a una profecía que había predicho que dos de ellos llegarían a ser emperadores, mientras que el tercero moriría en el empeño. Probablemente se trata solamente de una leyenda popular que relaciona a estos tres soldados que iban a desempeñar un importante papel durante los primeros treinta años del siglo IX; Miguel fue nombrado comandante en jefe (*domestikos*) del *tagma* de los *excubitores* y Tomás llegó a ser jefe de los *foederati*.

Los problemas militares dominaron el primer año del reinado de León, pues solamente seis días después de su coronación, el jan Krum se presentó ante los muros de Constantinopla. Al no estar preparadas las fuerzas búlgaras para atacar la triple línea defensiva que rodeaba a la ciudad, Krum intentó convencer a León para llegar a un acuerdo, pero sin éxito. En el otoño de 813 León derrotó a un ejército búlgaro cerca de Mesembria, pero aún no había llegado el momento de la batalla decisiva. Krum atacó de nuevo Constantinopla en 814, pero murió repentinamente. Teniendo en cuenta que los árabes persistían en sus divisiones internas y que el nuevo jan búlgaro, Omurtag, firmó con León una tregua de treinta años, el Imperio bizantino se encontró relativamente a salvo de presiones externas.

León mantuvo buenas relaciones con Luis el Piadoso (Ludovico Pío), hijo de Carlomagno, ya que no podía correr el riesgo de llegar a una guerra total a causa de Venecia. El norte del Adriático volvió a caer bajo la esfera de influencia bizantina. El Dogo Agnello envió a su hijo Justiniano para rendir homenaje al Emperador en su coronación y León le proporcionó por su parte dinero y albañiles griegos para colaborar en la construcción del monasterio de San Zacarías. A lo largo del siglo IX, los bizantinos ejercieron una constante protección sobre la capital de la República veneciana, establecida en 811 sobre el Rialto, que llegó a tener todo el aspecto de una ciudad griega. Había que proteger el comercio bizantino en el Adriático de dos amenazas crecientes: los corsarios árabes procedentes del norte de Africa y los piratas de la costa dálmata. Como reacción al aumento del tráfico naval en el Adriático, tanto Venecia como el Imperio franco desarrollaron sus propios e independientes recursos marítimos.

a) Vuelta a la iconoclastia

La decisión de León de restablecer las prácticas religiosas de los primeros emperadores sirios se basaba en la convicción de que los largos y victoriosos reinados de León III y Constantino V habían sido debidos a su política iconoclasta y a la persecución de los adoradores de imágenes. Siguió de manera consciente el ejemplo de León III, hasta el punto de dar a su hijo, llamado Simbates, el nombre de Constantino en el momento de su coronación como co-emperador. Era consciente de que una vuelta a la política iconoclasta sería acogida con entusiasmo por una gran parte del Imperio.

La preparación de este segundo período iconoclasta fue cuidadosa. León mandó iniciar debates públicos sobre la historia de los emperadores iconoclastas, demostrando que los iconódulos fueron siempre derrotados en el campo de batalla, tras cortos reinados. En su segundo año de gobierno, constituyó una comisión para ocuparse de estas cuestiones. Esta comisión estuvo presidida por Juan el Gramático, ferviente iconoclasta, y entre sus miembros se contaban un obispo, Antonio Casimatas, dos monjes, dos miembros del Senado y, como secretario, un famoso iconoclasta. Una vez dada esta apariencia de imparciali-

dad a la investigación del problema, León comenzó la negociación con el patriarca Nicéforo, que se mostró tan recalcitrante como Germán en 730. En diciembre de 814 dio al Patriarca la orden de quitar las imágenes de Santa Sofía, que, según dijo, escandalizaban al pueblo. Esto era en parte cierto, pues el pueblo de Constantinopla había demostrado su oposición a las imágenes. Pero Nicéforo se negó. Tanto el Emperador como el Patriarca intentaron ganarse el apoyo del episcopado, lo que consiguió León en enero de 815. Esto dejó a Nicéforo completamente aislado. Fue confinado en su palacio, bajo la custodia de Tomás, un patricio claramente hostil a las imágenes. Finalmente, una delegación de obispos presentó al Patriarca el ultimatum definitivo obligándole a dimitir. Este acuerdo debió estar influido por los tumultos que se producían en la calle. Al día siguiente, León convocó el *Silention,* que eligió coom patriarca a un laico, Teodato, pariente lejano de Constantino V. Nicéforo fue desterrado.

Tras estos preparativos, se pudo ya convocar un sínodo para restablecer la iconoclastia. Este tuvo lugar en Santa Sofía después de la Pascua de 815, bajo la presidencia del nuevo Patriarca y de Simbates-Constantino, Emperador electo, y en él estuvieron presentes obispos y monjes de todos los confines del Imperio. Los textos básicos en que se apoyó la comisión para justificar el cambio fueron el *Horos* del Concilio de 754 y un Florilegio muy difundido de citas contra el culto a las imágenes. La posición inconoclasta experimentó pocos cambios, pero se hizo más hincapié en la imposibilidad de representar la naturaleza de Cristo para reforzar de esta manera el argumento cristológico. Es claro el interés de León por evitar la persecución y el empleo de la fuerza, pues sólo exigió a la jerarquía eclesiástica que reconociera al Patriarca, a lo que sólo rehusaron cinco conocidos iconódulos. Todos los monasterios de la capital aceptaron esta vuelta atrás, lo que contrastó grandemente con su tenaz oposición en el primer período iconoclasta. Hubo casos individuales de resistencia, pero, en conjunto, el Emperador encontró un amplio apoyo.

Este restablecimiento de la iconoclastia no hubiera sido posible sin la existencia de un fuerte partido que había sobrevivido a los reinados de Irene y Miguel I, en oposición al grupo estudita. Incluso los eclesiásticos se opusieron con frecuencia a los puntos de vista de los monjes de Estudio; por supuesto, lo estaban también los funcionarios de la Corte y administradores cuya opinión había sido desoída. El patriarca Nicéforo, que era historiador además de teólogo, hizo un interesante análisis de la facción del pueblo de la capital que

apoyó la vuelta a la iconoclastia. Por él sabemos que en 815, los principales partidarios de la política de León fueron ciertos comerciantes, actores, mimos, organizadores de carreras de caballos y el populacho callejero. Añadía que algunos clérigos corrompidos se habían unido a la comisión iconoclasta, instalada en el palacio imperial en medio del mayor lujo. Pero el grupo más activo de los iconoclastas fue probablemente el ejército, que en 815 desempeñó un papel crucial. Irene, tras la interrupción del Concilio de 786, llevó a cabo una purga entre las tropas de guarnición en la capital, pero éstas siguieron siendo iconoclastas. Es difícil generalizar sobre la posición de los ejércitos provinciales, aunque es posible que el apoyo que recibió León por parte de sus tropas del *thema* de Anatolia fuera en parte debido a motivos religiosos. Las tropas acantonadas en la capital por algún tiempo debieron de dejarse ganar por las tendencias iconoclastas que en ella predominaban.

Como consecuencia del sínodo de 815, León estrechó su control sobre la Iglesia. Los monjes rebeldes de Estudio fueron de nuevo enviados al exilio, desde donde escribieron a los patriarcas orientales y al papa solicitando apoyo en su lucha contra el Emperador herético. Teodoro recibió cartas de apoyo de casi todos aquéllos a los que había escrito, y en 825, Luis el Piadoso reunió a todos los obispos francos en el Concilio de París, en el que denunció la vuelta a la iconoclastia. El partido iconódulo, aunque seguía fraccionado entre «políticos» y «zelotas», se sintió animado por el apoyo occidental. A pesar de su comportamiento, el Emperador se conformaba incluso con una vuelta aparente a la política que, según él, iba a permitir el gobierno de su dinastía durante varias generaciones. Sus motivaciones eran sobre todo de carácter político y carecía de la crueldad de Constantino V para llevar a cabo una persecución. Los pocos testimonios que han llegado hasta nosotros dan la impresión de que sus ideas eran humanitarias. Tras la tregua con los búlgaros, fortificó las ciudades de Tracia y Macedonia y llevó a cabo un recorrido personal por las zonas devastadas para devolver la confianza a la aterrorizada población. Nombró varios secretarios, cuya única misión era comprobar la justicia de la administración y que no se produjeran abusos de autoridad por parte de los funcionarios. Esta preocupación por la justicia, faceta común con los emperadores sirios, pone de relieve la continuidad de su política en relación con la iconoclastia del siglo VIII.

Con un enfoque tan certero de la cuestión religiosa y con su excelente labor administrativa resulta a primera vista sorprendente que León V no fuera capaz de asegurar la conti-

nuidad de su dinastía. La ambición personal de Miguel de Amonio dio al traste con sus planes. León conocía y temía sus planes y sintió un gran alivio cuando Miguel se vio implicado en un complot y pudo ser detenido por traición. Bajo esta acusación, fue condenado a muerte por un procedimiento particularmente infamante: ser atado a un poste, junto con un mono, y arrojado a la calefacción del agua de palacio. Debido a las protestas de la emperatriz Teodosia, la pena no se cumplió el día de Navidad de 820, fijándose un aplazamiento de veinticuatro horas que permitió la extraordinaria fuga de Miguel. Tras una visita nocturna del propio León para asegurarse de que el prisionero seguía en su celda, un muchacho que, escondido bajo una mesa, había escuchado cómo León juraba matar a Miguel y a su carcelero, despertó a aquél. Al darse cuenta el carcelero de que su propia vida corría peligro, decidió buscar la ayuda de Teoctisto, uno de los *excubitores* de Miguel, para escapar juntos. Al amanecer, León asistió a los servicios religiosos del día de Navidad en una de las capillas reales, sin saber que algunos de los hombres de Teoctisto habían penetrado en el palacio disfrazados de cantores. Asesinaron al Emperador mientras cantaba en el servicio, e inmediatamente después, Miguel fue trasladado triunfalmente desde la prisión hasta el trono imperial, todavía con los pies encadenados.

Fue el epítome de las revoluciones bizantinas. La coronación, llevada a cabo por el patriarca el mismo día de Navidad, legalizó las ambiciones imperiales de Miguel. La familia de León el Armenio desapareció de la escena con la misma celeridad con que había aparecido. A pesar de su sacrílego asesinato, Miguel II aseguró su posición en la capital, probablemente con la ayuda del *tagma* de los *excubitores*. Pero en las provincias, su usurpación encontró una inmediata oposición, dirigida por Tomás el Eslavo, el tercer personaje de la profecía. Ni el Emperador ni el rebelde gozaban de un fuerte prestigio imperial, pero en el Imperio bizantino aquél que era coronado en Constantinopla tenía una gran ventaja.

No obstante, la revuelta ensombreció los tres primeros años del reinado de Miguel. Hasta 824 no pudo ocuparse de la política exterior, pero la muerte del patriarca Teodato, en 821, le obligó a tomar una postura clara en el problema religioso. Tenía que elegir entre volver a nombrar al patriarca Nicéforo, entonces en el exilio, o elegir a un nuevo candidato iconoclasta. Nicéforo, el papa Pascual I y los monjes estuditas manifestaron la necesidad de restablecer el culto a las imágenes, pero Miguel decidió lo contrario. Convocó un sínodo y anunció que no habría cambios en relación con lo decretado por el sínodo de 815, prohibiendo las discusiones sobre el tema. Antonio Casimatas, antiguo obispo y miembro de la comisión de León V, fue nombrado patriarca y Nicéforo continuó en el exilio. Pero no hubo una persecución sistemática y se autorizó a los monjes estuditas a volver a su monasterio de Constantinopla.

b) La guerra civil

La llamada guerra civil, que tuvo más carácter de revuelta continua y grave que de guerra entre distintos partidos, es reveladora de la situación del Imperio a comienzos del siglo IX: dicotomía entre la capital y las provincias, rivalidad entre las tropas provinciales y de guarnición, gran heterogeneidad de la población del Imperio y aspectos políticos y sociales de la iconoclastia.

Tomás era un eslavo procedente de la región del lago Gazuru, en la provincia de Armenia. Su carrera militar había ya comenzado en 803, pero su primer puesto oficial fue el de comandante en jefe de los *foederati,* en 813. En el momento en que se produjo el asesinato de León V se hallaba en la provincia de Anatolia y desde ella comenzó su campaña contra Miguel. La versión oficial de la revuelta probablemente exagera, tanto en lo relativo al número de insurgentes como a los diferentes grupos étnicos que apoyaron a Tomás, pero es posible que se unieran a él algunos abasgos, iberos, armenios, eslavos, asirios, árabes y caldeos. Esto no significa que su revuelta fuese la de las minorías discriminadas. La población del Imperio había sido siempre muy heterogénea y lo que hacía a una persona «bizantina» era más el conocimiento del griego y sus creencias ortodoxas que su origen étnico. Tomás era tan bizantino como Miguel de Amorio. El rebelde era cojo y en 820 era ya un anciano, pero ello no constituía una desventaja mayor que el ceceo del Emperador. La fuerza de las tropas rebeldes no estaba en su número, sino en el hecho de haber ganado a la causa de este nuevo Jerjes a todos los gobernadores provinciales, excepto a dos. Tomás interceptó el dinero de los impuestos pagados por las provincias y lo redistribuyó entre sus partidarios. De esta manera consiguió ganar fácilmente partidarios y la mayor parte de las ciudades le acogieron favorablemente, en vez de defender los derechos de un emperador desconocido. Consiguió también el apoyo de las fuerzas navales de Cibirra, lo que le permitió el traslado de sus tropas a Constantinopla. Las

dos únicas zonas que permanecieron leales a Miguel II fueron los *themas* de Opsicio y Armenia, gobernados por dos íntimos amigos suyos.

Tomás aprovechó el interés de los árabes en esta guerra civil para firmar una alianza con el califa al-Ma'mun. También consiguió ser coronado emperador por el arzobispo de Antioquía, en territorio árabe. En diciembre de 821 cruzó el Helesponto con un numeroso ejército, y lanzó su primer ataque contra Constantinopla, por mar y por tierra, que fue rechazado. El asedio se prolongó a lo largo del año 822 sin ningún resultado definitivo, hasta que los defensores destruyeron parte de la flota con el fuego griego. Luego, en el otoño, aparecieron súbitamente los búlgaros, probablemente llamados por Miguel II. El ataque búlgaro produjo exactamente el efecto deseado y Tomás se vio obligado a levantar el sitio. Su posterior derrota ante los búlgaros y el respiro que ello significó para las tropas de Miguel fue, como se vio más tarde, el momento crucial de la revuelta. En la primavera de 823 Miguel condujo sus tropas contra el ejército rebelde, que se hallaba en Diabasis y le derrotó. Los partidarios de Tomás siguieron resistiendo en Tracia y en Asia Menor, pero tras su captura y muerte en octubre de 823 fueron cediendo gradualmente.

Miguel consiguió asegurar su posición en el Imperio nombrando a leales partidarios suyos para gobernar las provincias rebeldes. Quizá fuera en este momento cuando implantó una administración independiente para la zona de Chaldia. Se trataba de una de las regiones que se había unido a la revuelta. Miguel recompensó a sus partidarios otorgando una remisión del impuesto sobre el hogar *(kapnikon)* y restableció el control central sobre los impuestos provinciales.

Tras la derrota definitiva de Tomás, Miguel envió una embajada a Luis el Piadoso en la que justificaba su acceso al trono y le explicaba este retraso de más de tres años en anunciárselo. También se mencionaba el sínodo de 821 y la solución dada al problema religioso. Miguel pedía a Luis que enviase embajadores a Roma, sin mencionar que Metodio, enviado del papa Pascual a Constantinopla, había sido enterrado vivo en 821. Esta política conciliadora no obtuvo ningún éxito. A pesar de ser considerado hereje, el Emperador consiguió llevar a cabo una política neutral. Las relaciones con Venecia continuaron siendo excelentes. El Dogo Justiniano (827-829) visitó Constantinopla y consiguió nuevos subsidios para la construcción de San Marcos. La iglesia originaria de 828 fue, por tanto, una construcción completamente bizantina.

c) Evolución de la fuerza naval árabe

El otro problema fundamental del reinado de Miguel fue el aumento de poder de los árabes. Habían apoyado a Tomás con la esperanza de fomentar las divisiones internas y se aprovechaban sin cesar de la debilidad naval bizantina en el Egeo. Arabes españoles expulsados de Córdoba hacia 820 y luego de Egipto, habían comenzado a atacar las dos islas mayores del Mediterráneo central, Creta y Sicilia. La conquista de Creta por los árabes fue debida a la falta de una flota bizantina de defensa, consecuencia directa de la revuelta de Tomás. Las expediciones bizantinas de 826 y 828 no pudieron expulsar a los invasores. Un tercer intento, dirigido por Cratero, jefe de las fuerzas navales de Cibirra, consiguió en un principio un completo éxito. Pero los bizantinos celebraron la victoria obtenida con exceso de vino y fueron aniquilados mientras dormían. Creta, que permanecería en poder de los árabes hasta 961, constituyó una aguda espina en la carne del Imperio. Un proceso similar, aunque de mayor duración, se desarrolló en Sicilia, cuya pérdida fue a la larga irreversible.

La conquista árabe de islas tan estratégicas indica una considerable decadencia, no sólo de la marina bizantina, sino también de sus fuerzas de tierra, que no se puede achacar únicamente a la revuelta de Tomás. A lo largo del período iconoclasta, las instituciones y la organización interna del Imperio iban experimentando cambios y adaptaciones profundas. Este proceso, que había comenzado en tiempos de Justiniano y que terminaría con la dinastía macedónica, quedó casi interrumpido por las divisiones internas engendradas por la iconoclastia a finales del siglo VIII y comienzos del IX. Pero el gobierno autoritario de emperadores como León V, Miguel II y Teófilo hicieron que continuara la transformación del Imperio bizantino. Sin embargo, no pudo consolidar la cohesión interna del Imperio y proteger los enclaves exteriores de Bizancio a un tiempo. Así, las provincias italianas y Sicilia fueron gradualmente cayendo en poder de francos y árabes, mientras que Venecia iba lentamente asegurando su independencia. Pero, a cambio, se fue afirmando el control bizantino sobre Asia Menor y la península balcánica. Y ésta fue la base territorial de las conquistas del siglo X.

Aun con todo, la situación a la muerte de Miguel, en 829, no era todavía grave. Su corto reinado había continuado el proceso de consolidación iniciado por León V y en el de su hijo y sucesor, Teófilo, se iban a manifestar claramente sus ventajas.

d) El reinado de Teófilo: 829-842

Teófilo llegó al trono imperial en un momento de expansión árabe. Una vez que el califa al-Ma'mun (813-833) hubo afirmado su autoridad como jefe de los abásidas, comenzó en 830 una devastadora campaña contra el Imperio. Teófilo replicó con dos expediciones de castigo, en las que hizo prisioneros y que fueron celebradas como un triunfo en Constantinopla. Pero en 831 y 833 no pudo evitar los continuos ataques árabes, dirigidos sistemáticamente contra importantes fortalezas fronterizas. Estas fueron cambiando de manos en medio de grandes devastaciones y derramamiento de sangre. Aparte de estas grandes expediciones árabes, las regiones fronterizas sufrieron los frecuentes ataques de los emires de Melitene y Siria. Con el fin de hacer frente a esta creciente actividad y de proteger a las tropas de guarnición, Teófilo creó varias unidades administrativas nuevas, especialmente en el sudoeste de Asia Menor: Capadocia, Carsiano y Seleucia.

En 837, Teófilo aprovechó una rebelión persa contra el califa Mutasim (Mu'tasim, 833-842) para atacar las fortalezas de Zapetra y Samosata. Esta demoledora expedición produjo la inevitable respuesta de los árabes, que consistió en un ataque masivo contra Amorio. El asedio y captura de esta floreciente ciudad, capital de la provincia de Anatolia y lugar de nacimiento de Miguel II, padre de Teófilo, se convirtió en un episodio tristemente legendario para los bizantinos, sobre todo por haber sido finalmente decapitados por el califa 42 de entre los miles de cautivos de la ciudad. Estos 42 mártires eran dignatarios militares y eclesiásticos, dispuestos a morir antes que renegar de su fe. La venganza árabe en Amorio marcó el final de las guerras de Teófilo; ya no se emprendieron más campañas bizantinas contra Mu'tasim. A cambio, el Emperador emprendió una campaña diplomática para conseguir el apoyo de varias potencias occidentales para hacer frente a la presencia árabe en el Mediterráneo. Pero no tuvo más éxito que en sus anteriores campañas militares.

En sus relaciones con los francos, Teófilo continuó la amistosa, aunque distante, política de su padre. En 833, una embajada bizantina comunicó a Luis el Piadoso el acceso al trono de Teófilo, y durante el sitio de Amorio se envió otra para solicitar el apoyo de los francos contra los árabes, en Occidente. Fue una de las tres misiones bizantinas, preparadas en 838 para firmar alianzas con los francos, los venecianos y el emir español. El Imperio no podía seguir protegiendo sus posesiones occidentales y tenía serias dudas sobre su capacidad de resistir a

los árabes en Oriente. Pero los francos no estaban en condiciones de ofrecer una ayuda inmediata. Los venecianos, por el contrario, amenazados por el rápido avance de los árabes desde Sicilia, acordaron proporcionar una flota. Desde el momento en que las naves bizantinas no podían seguir patrullando por las aguas del Adriático y Venecia construía sus propios buques de guerra, fue aumentando su independencia con respecto al Imperio, aunque teóricamente seguía siendo un estado vasallo. Pero la potencia veneciana no era aún muy grande en 840, y los árabes destruyeron completamente la flota enviada a Tarento a petición de Teófilo.

La tercera de las embajadas se dirigió a la España musulmana, gobernada por Abderramán II (Abd al-Rahman), uno de los más importantes emires omeyas. Teófilo le sugirió la idea de reivindicar ante los usurpadores abásidas ('abbasíes) todos los territorios orientales del califato abásida y de expulsar a los piratas de Creta, proposiciones que, como era de esperar, el emir no aceptó. Pero debió de acoger con interés la embajada bizantina, pues envió a Yazid, su emisario personal, a Constantinopla con costosos regalos para el Emperador.

Si bien Teófilo no hizo grandes progresos en sus alianzas occidentales, sus esfuerzos diplomáticos en Oriente alcanzaron un gran éxito. Durante su reinado, los pueblos de las estepas rusas establecieron por primera vez relaciones diplomáticas con Constantinopla. Ya hemos señalado su proximidad y la amenaza potencial que constituían para los territorios bizantinos y las importantes rutas comerciales al norte del mar Negro, por lo que Teófilo creó una nueva provincia, Climata, en torno a Querson. Fue también Teófilo quien consolidó la tradicional alianza entre el Imperio y los jázaros, que databa de 733. A petición del jan jázaro, el Emperador envió especialistas y obreros a través del mar Negro, hasta el Don, donde levantaron una fortaleza en Sarcel. Esta importante expedición dio mayor fuerza a la colaboración militar de jázaros y bizantinos contra los árabes.

El fracaso de Teófilo en Occidente pudo deberse, en parte, a su decisión de establecer la iconoclastia por medio de torturas y persecuciones. Pero Teófilo no podía ignorar el culto, según el, herético, de una gran parte de sus súbditos. Su propia esposa, Teodora, era iconódula. Fue, por tanto, por convicción profunda por lo que promulgó leyes contra los iconódulos. De nuevo los monjes fueron expulsados de sus monasterios y desterrados a remotas regiones si rehusaban renegar de sus creencias en el poder de las imágenes. Se conocen algunos casos de extrema crueldad, pero la violencia no fue tan general como

en tiempos anteriores. Teófilo se vio apoyado y animado en su política por Juan el Gramático, nombrado patriarca en 837, que había aconsejado a León V la vuelta a la iconoclastia en 815 y a quien Miguel II había confiado la educación de Teófilo. Ambos intentaron con ahínco desarraigar del Imperio las doctrinas heréticas, como la iconodulia y el paulicianismo. Pero si bien fracasaron en su lucha contra la primera, lograron, sin embargo, contener la herejía pauliciana, que se había difundido por la parte oriental del Imperio y atentaba contra su unidad. Los paulicianos hicieron suyas las antiguas creencias adopcionistas, que negaban la naturaleza divina de Cristo, y estaban dispuestos a defender su fe por medio de la fuerza. A pesar de que fue Basilio I, en 872, el que por primera vez consiguió dominar esta herejía, fue Teófilo el primer emperador que, consciente de la creciente amenaza que representaba, intentó luchar contra ella.

A los ojos del Papado, Teófilo era un hereje y durante su reinado la sede de Roma se alejó aún más de Constantinopla. Este cisma constante debió de disminuir la influencia bizantina en Italia y, en general, en todo el Occidente. Incluso después del restablecimiento del culto a las imágenes en 843, el Papado mantuvo su actitud crítica e independiente con respecto a la Iglesia oriental. Los monjes y obispos disconformes continuaron apelando a Roma, hecho que realzó la posición del papa frente a la del Patriarca. La ruptura de la Iglesia universal fue una de las consecuencias más decisivas de todo el período iconoclasta.

e) Las reformas administrativas de Teófilo

A pesar de sus fracasos diplomáticos, militares y religiosos, Teófilo llevó a cabo algunas mejoras importantísimas en la organización interna y en la seguridad de Bizancio. Una de las más claras es la extensión de la autoridad bizantina a nuevas regiones. De igual importancia, aunque menos fácil de documentar, es la mayor eficacia en la recaudación de impuestos y en la administración, lo que permitió un renacimiento artístico, intelectual y cultural. En tiempos de Teófilo y merced a la protección otorgada a los artistas, escritores y profesores de universidad bizantinos, se constituyó un círculo cultural que, por primera vez, rivalizó con el del califato.

Las nuevas unidades administrativas fueron el resultado de la división de las antiguas provincias, siguiendo el modelo del *thema* de los optimates y los bucelarios. Para garantizar el

control bizantino en la zona del Mar Negro, se crearon tres provincias: Caldea, en el extremo oriental del *thema* de Armenia, creada probablemente en 837; Paflagonia, fundada en 833 en la mitad norte del *thema* de los bucelarios, y Climata, en torno a Querson, también constituida en 833. La región de Climata había sido anteriormente gobernada por un consejo de dignatarios locales *(arcontes),* cuya autoridad quedó a partir de entonces incorporada a la administración imperial.

En otras provincias se constituyeron unas unidades especiales para hacer frente a la amenaza árabe, las *kleisourarchai,* en Capadocia, Seleucia y Carsiano, llamadas así por las *kleisourai* o zona montañosa en las fronteras del Imperio, que exigían una defensa especial. En estas pequeñas unidades se acantonaron tropas permanentes para hacer frente a las invasiones árabes. Otra unidad similar fue el ducado de Colonia, constituido en la parte sur de la provincia de Caldea. Estas unidades se diferenciaban de las subdivisiones de las provincias *(turmai, banda* y *katepana)* en que su gobernador era nombrado por el emperador y desempeñaba una función específica. Este desarrollo de las defensas imperiales mejoró el sistema originario de los cinco *themas* orientales, adaptándolo a las necesidades políticas y militares del siglo IX.

En la parte occidental del Imperio, Teófilo introdujo una organización propiamente provincial en la zona de Dirraquio y de Salónica. Esta extensión de la administración imperial, que fortaleció en gran medida la autoridad del Emperador, se llevó a cabo merced a unas energías humanas considerables y a unos elevados costes administrativos. Pero la generalización del sistema impositivo imperial a zonas hasta entonces fuera de su control debió de incrementar los ingresos estatales. Sin un cierto aumento y racionalización en la recaudación de los impuestos, Teófilo no hubiera podido financiar su obra de gobierno y su pródigo programa de edificaciones.

Fue el primer emperador, en un período de casi doscientos años, cuyas monedas circularon ampliamente por todo el Imperio, y el hecho de que hayan sido encontradas monedas de su reinado en excavaciones llevadas a cabo en Atenas y Corinto indica que hacia 830 la Grecia central había alcanzado una cierta seguridad y un cierto grado de prosperidad. La creciente estabilidad dio nueva vida a los mercados y al comercio interior.

Con estos recursos adicionales, Teófilo emprendió una política muy ambiciosa de edificaciones en la capital y protegió las artes decorativas. Se repararon y ampliaron las murallas de Constantinopla y se construyó un palacio imperial en Brías, en

la zona asiática. El Gran Palacio fue también ampliado y el piadoso Emperador construyó varias iglesias. Teófilo se preocupó también por las necesidades materiales de la población de la capital, construyendo un hospital y dotando asilos y orfanatos. Todas las edificaciones de su período estaban decoradas; algunas pinturas de signo iconódulo fueron sustituidas por representaciones de pájaros y animales salvajes. La labor de protección a las artes, llevada a cabo por Teófilo, demuestra que la destrucción de imágenes no fue incompatible con un florecimiento de otras formas artísticas.

La educación estrictamente iconoclasta que dio a Teófilo Juan el Gramático le convirtió en un Emperador mucho más intelectual que su padre León V. Fue el primero que reorganizó la Universidad de Constantinopla, que había estado absolutamente olvidada desde su clausura por León III. La figura clave en este renacimiento fue León el Matemático, cuyo prestigio había llegado hasta la misma corte de Bagdad. Se volvieron a abrir las escuelas, con profesores contratados y gran cantidad de alumnos, la mayor parte de ellos hijos de familias acomodadas destinados a la administración y al episcopado. Como consecuencia del gran impulso que le dio Teófilo, la Universidad de Constantinopla consiguió un lugar destacado dentro del mundo intelectual del siglo IX y sirvió de base para el renacimiento de la cultura y de las artes en el período macedónico.

Pero quizás la faceta más importante de la obra de gobierno de Teófilo fue su interés por la imparcialidad de justicia, característica personal tanto de Miguel II como de su hijo, en el que parece ser que se convirtió en obsesión. Teófilo tenía la costumbre de pasear por la ciudad a caballo una vez a la semana, desde el Palacio Imperial hasta la Iglesia de Blaquernas. En estos paseos, todo el mundo podía quejarse ante el Emperador de cualquier injusticia, que era inmediatamente reparada. No se trataba de una fórmula teórica: los pobres planteaban sus quejas e incluso los más altos oficiales no podían escapar al castigo si se les hallaba culpables. Junto con esta atención personal a la justicia, Teófilo exigía de sus funcionarios una labor administrativa estricta y responsable. Aún en el siglo XII perduraba con fuerza la fama de su interés por estas cuestiones, pues en la leyenda popular del Timarión, su nombre aparecía unido al de los jueces del Hades.

Fue sin duda un tributo a la obra de gobierno de Teófilo el hecho de que a su muerte, en 842, su hijo Miguel III, que acababa de cumplir los tres años, fuese aclamado como emperador y a su debido momento gobernase como tal, sin enfrentamientos internos, La dinastía amoriana quedaba así firmemente establecida: Teodora y sus consejeros contaban con unas sólidas bases de partida.

Se ha calificado al período del conflicto iconoclasta de «siglo desperdiciado por Bizancio». No se puede hoy día seguir condenando el período en conjunto de manera tan categórica, pues Bizancio salió fortalecido en muchos aspectos de esta lucha por el culto a las imágenes. Fueron necesarias grandes reformas para impedir la devastación e incluso la pérdida de algunas provincias periféricas que tenían que soportar una gran presión, llevadas a cabo por los emperadores más sobresalientes del período: Constantino V, Nicéforo I, Miguel II y Teófilo.

Los cronistas iconódulos condenaron los procedimientos empleados para realizar estas mejoras, pero admitieron que los resultados fueron en general satisfactorios: por ejemplo, la protección legal al pueblo y la gradual recuperación económica del Imperio a finales del siglo VIII y en el IX. Algunos historiadores han admitido de mala gana e indirectamente estos hechos, y muchos no los han tenido en cuenta; sin embargo, son testimonios de gran importancia.

Las nuevas organizaciones provinciales, o *themas,* creadas por la disnastía heráclida, fueron puestas a prueba satisfactoriamente durante el siglo VII. León III y sus sucesores extendieron y desarrollaron esta organización. En 842, el gobierno provincial se había extendido a la península Balcánica, a la costa dálmata, a las islas jónicas y egeas, a las costas del Mar Negro y a la frontera con los árabes. Esta ampliación de la reforma administrativa bizantina es una prueba de que habían aumentado los recursos militares, financieros y materiales de todo el Imperio. El nuevo sistema aseguraba el pago de los impuestos, el reclutamiento de los ejércitos y el cultivo de grandes territorios. La uniformidad de la administración fomentó la integración de las minorías locales, étnicas o religiosas, impulsando al mismo tiempo la helenización de los territorios bizantinos. Esta organización aseguró la supervivencia de Bizancio durante siglos.

Los cambios sociales que se produjeron durante el período iconoclasta estuvieron orientados hacia los mismos fines de integración y helenización. El establecimiento de las comunidades aldeanas como organismos fiscales colectivos no sólo facilitó el pago de los impuestos y el cultivo de los campos, sino que también fortaleció la posición de los pequeños propietarios campesinos. Desde el punto de vista económico, fue un período de constante progreso. La organización comercial y la actividad de los mercados se restableció poco a poco en las zonas situadas bajo el control de Bizancio. Se dió gran impulso al desarrollo de las zonas cerealísticas de Tracia para que sustituyeran a las

de Egipto y el norte de Africa, y se buscaron nuevas rutas y mercados en el Mar Negro y en Crimea. A pesar de que la piratería árabe amenazaba el comercio marítimo en el Mediterráneo oriental, los grandes viajes por mar de San Gregorio el Decapolita indican que las vías de comunicación no estaban completamente bloqueadas. A pesar de la prohibición de León V del comercio entre mercaderes bizantinos y musulmanes, es probable que se mantuvieran los contactos comerciales.

Bajo los emperadores sirios, se simplificó el sistema de moneda bizantino, que ya en el reinado de Teófilo había comenzado a circular con mayor amplitud por todo el Imperio. Esto fomentó sin duda el crecimiento económico. Contrariamente a la creencia general, en este período las monedas no servían de vehículo a la propaganda religiosa. El tipo de decoración de las monedas a menudo llamada «iconoclasta» estaba en uso antes del reinado de León III y continuó siendo empleado mucho tiempo después del restablecimiento de las imágenes, en 843. Todos los emperadores lo emplearon; ni siquiera la iconódula Irene volvió a emplear la imagen de Cristo, introducida por primera vez en las monedas en tiempo de Justiniano II. Sin embargo, se sirvió de las monedas para dar más fuerza a su autoridad imperial, al sustituir su propio retrato por el de Constantino VI, co-emperador.

El arte iconoclasta, por otra parte, tuvo una profunda significación para los bizantinos. La resistencia a los cambios en el arte religioso, tanto de los iconódulos como de los iconoclastas, manifiesta su importancia. Desgraciadamente, al igual que los escritos iconoclastas, la mayor parte del arte iconoclasta fue también destruido después de 843 y es muy poco lo que ha quedado. Pero las fuentes iconódulas atestiguan que los emperadores iconoclastas no se limitaron a destruir, sino que sustituyeron las imágenes por pinturas de la Cruz, escenas silvestres, flores y retratos imperiales. El mismo Constantino V construyó algunas iglesias. El progreso de las artes, a excepción de la cultura, se mantuvo en el período iconoclasta; y los monumentos del período, como la iglesia de Santa Sofía de Salónica y la reconstrucción de la iglesia de Santa Irene de Constantinopla, con su gran cruz de mosaico en el ábside, permiten suponer que no habían desaparecido las habilidades de los artistas y arquitectos bizantinos. Por otra parte, en el período iconoclasta no tuvo lugar ninguna evolución estilística importante.

Sin duda alguna, las consecuencias de la iconoclastia recayeron de manera más fuerte sobre las instituciones monásticas del Imperio. Pero la tenacidad de algunos personajes demostró que el ideal monástico estaba demasiado arraigado en Bizancio para

poder eliminarlo. En algunos aspectos, las reformas eclesiásticas de los emperadores sirios pueden relacionarse con sus reformas judiciales. En ambos aspectos los emperadores intentaron suprimir la corrupción e imponer la uniformidad de prácticas y creencias, lo que no era una pretensión absurda. Pero el culto a las imágenes estaba muy arraigado en Bizancio y la iconoclastia no pudo acabar con él.

Durante el período iconoclasta, Bizancio perdió sus territorios en Italia central y los francos construyeron un Imperio en Occidente. Este alejamiento bizantino de Europa Occidental, político y eclesiástico, tuvo gran importancia no sólo para la evolución de la Europa Medieval sino también para la historia de la Europa Oriental, sobre todo para la del principado ruso de Kiev. En la evolución de la Iglesia, el cisma producido por las doctrinas iconoclastas en Oriente, confirmó las variaciones geográficas del ámbito cristiano. Después de ocho siglos, la Iglesia occidental se había alejado inevitablemente de la oriental, ya que de ella le separaban factores lingüísticos y culturales y sobre todo, el papel temporal que desempeñaba el Papado. Roma asumía la dirección espiritual y política de la Europa Occidental. En tiempos del papa Adriano I (772-795), la cancillería papal abandonó el sistema bizantino de fechas de Bizancio, afirmando así simbólicamente su independencia con respecto a la antigua tradición romana. La coronación imperial de Carlomagno fue una consecuencia natural de este proceso, así como un intento de objetivar lo que había sido una realidad política durante bastante tiempo: la sustitución de la protección bizantina por la franca a la Iglesia occidental.

La pérdida de los territorios bizantinos en Occidente no constituyó un desastre; limitó el ámbito del Imperio a las provincias helenizadas de Oriente, que siempre habían constituido el núcleo de Bizancio. Aplicando tres medidas, típicas de la política iconoclasta —un fuerte gobierno militar, una estricta organización de las finanzas y el control imperial sobre la Iglesia—, Bizancio fue capaz de defender y ampliar su territorio durante trescientos años. El hecho de que estas medidas tuviesen tanto éxito en su época revela la importancia real del período iconoclasta en que se pusieron en práctica.